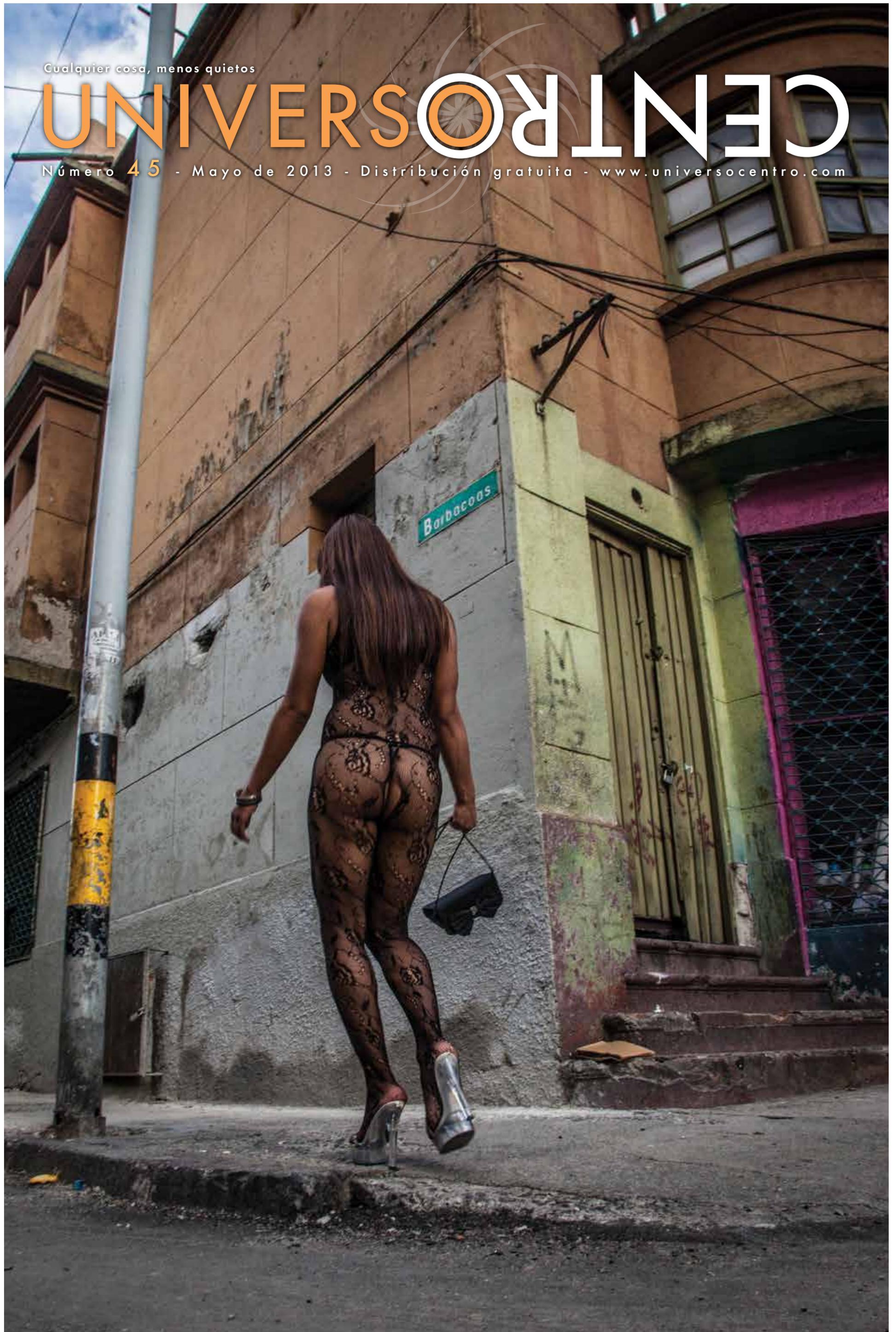


Cualquier cosa, menos quietos

# UNIVERSO CENTRO

Número 45 - Mayo de 2013 - Distribución gratuita - [www.universocentro.com](http://www.universocentro.com)



4

“A las maricas nos quieren sacar de acá”



8

Una vuelta con Honorato



10

Un silencio sostenido



12

La Madre Grande



16

Vida, hambre y resurrección de un recién nacido



20

El paraquedero Padilla



24

Habemus Rey



**UNIVERSO CENTRO**

*Publicación mensual*

**DIRECCIÓN Y FOTOGRAFÍA**

– Juan Fernando Ospina

**EDITOR**

– Pascual Gaviria

**COMITÉ EDITORIAL**

– Fernando Mora

– Guillermo Cardona

– Alfonso Buitrago

– Ana Lucía Cárdenas

– David. E. Guzmán

**ASISTENTE EDITORIAL**

– Paula Camila O. Lema

**DISEÑO Y DIAGRAMACIÓN**

– Gretel Álvarez

**COORDINACIÓN COMERCIAL**

– Ana María Duque

**DISTRIBUCIÓN**

– Érika, Didier, Daniel y Gustavo

**CORRECCIÓN**

– Equipo UC

**ASISTENTE**

– Sandra Barrientos

**PRACTICANTE**

– María Laura Idárraga Alzate

*Es una publicación de la Corporación Universo Centro*

**Número 45** - Mayo 2013

18.000 ejemplares

Impreso en La Patria

universocentro@universocentro.com

**DISTRIBUCIÓN GRATUITA**

WWW.UNIVERSOCENTRO.COM

# Ecuaciones



# El escarabajo de oro

La primera expedición masiva de ciclistas colombianos a Europa tuvo como insignia la camiseta de Fresko-la. El equipo comandado por Alfonso Flórez, Patrocinio Jiménez y Rafael Acevedo fue invitado en 1980 al Tour de l'Avenir en Francia. Los colombianos llegaban como una excentricidad, y como una esperanza para quitarles la camisa amarilla a los rusos que llevaban dos años dominando la principal prueba amateur del calendario mundial. Sergei Soukhoroutchenko era el rival a vencer, venía de ganar la medalla de oro en los olímpicos de Moscú y tenía el respaldo de la hoz y el martillo, aunque corriera sobre una Colnago italiana adornada con un inofensivo trébol negro.

Flórez terminó sacándole más de tres minutos al capo ruso en la general, y el ciclismo colombiano pasó de ser un exotismo para que los europeos aplaudieran a una realidad que cambiaría la manera de correr en las etapas de montaña. Los diarios franceses saludaron así el triunfo del 'Pequeño Diablo', nombre que le dieron a ese inusual ciclista de bigote: "Sorprendentemente el corredor colombiano Alfonso Flórez ganó el Tour de L'Avenir, valiéndose de sus aptitudes como escalador y respaldado por un poderoso equipo, una táctica poco usual en el ciclismo y aprovechando al máximo los errores cometidos por los soviéticos."

Durante seis años los colombianos fueron protagonistas en el Tour de l'Avenir, una carrera que ganaron hombres como Gimondi, Zoetemelk, Lemon, Fignon e Indurain. En 1981 Pa-

trocinio Jiménez fue tercero y en el 82 ese lugar fue para Cristóbal Pérez. En el 85 llegaría el segundo título bajo la casaca de Pilas Varta vestida por El Negro Martín Ramírez. Era el momento de que los colombianos fueran a dar batalla en las tres grandes pruebas de Europa. El Tour de l'Avenir se convirtió en recuerdo y los colombianos desaparecieron de la primera página de la clasificación general durante 25 años. El regreso al podio de la carrera que entrega los nombres del porvenir en el ciclismo de Europa fue con títulos consecutivos: en el 2010 el campeón fue el boyacense Nairo Quintana con tercer puesto de Jarlinson Pantano; al año siguiente ganó el bogotano Johan Esteban Chávez; y en 2012 el nariñense Juan Ernesto Chamorro se clasificó segundo tras la rueda del francés Warren Barguil.

La nueva aventura de los ciclistas colombianos en Europa, como escuadra, con hombres regados por los grandes equipos y marca propia, no obedece a los ciclos de las generaciones brillantes que van y vienen. Según algunos especialistas las promesas de Quintana, el podio de Urán en el reciente Giro y la Camisa de Betancur como el mejor joven de la carrera, tienen que ver sobre todo con un nuevo ciclismo, donde la EPO y las transfusiones han quedado en la historia de los juzgados y los masajistas han dejado las jeringas para volver a las cremas aplicadas a mano limpia. El mismo Armstrong lo dijo en una de sus famosas confesiones: "El ciclismo es un deporte muy distinto al que era hace diez años".

Entre 1989 y el 2000, la EPO fue un secreto muy bien conocido en el mundo del ciclismo. Los controles no detectaban esa nueva forma de entregar oxígeno extra en la sangre y se dio por entendido que no era más que una especie de complemento vitamínico. Dos años después de su aparición ya se contaban 18 ciclistas muertos en condiciones extrañas en solo Bélgica y Holanda. Luego vendrían las transfusiones y algunas "nuevas tecnologías". La aparición de la EPO coincide con la decadencia de la aventura colombiana en Europa. En 1989 Café de Colombia no logró ganar una sola etapa en las carreras del viejo continente y en el 90 no recibió invitación para el Tour.

Todos los grandes equipos han tenido sus sagas frente a los jueces o los periodistas. "Del 96 al 2012 la formación del Rabobank trabajó con el dopaje", dice la carta firmada por doce ciclistas y enviada hace poco a un diario holandés. Un masajista del Telekom publicó su libro acerca de la farmacia en la que se había convertido la poderosa escuadra alemana. Ya sabemos cuál era el cóctel del UsPostal y el Discovery Channel (EPO, transfusiones y testosterona). En el Lotto pasaba igual, y en el Festina y el T-Mobile, que dejó dos médicos sancionados, y en el Castorama, el Kelme, el Gan. En las neveras caseras de Eufemiano Fuentes se encontraron cien litros de sangre en bolsas a las que no les faltaba sino el número de cada corredor en el dorsal, para hablar con el tono de los narradores. La justificación de todos es la misma: no se trataba de hacer trampa sino de estar en el mismo punto a la hora de la partida. Armstrong ha dicho que

no era posible ganar sin ayuda de la jeringa. El manager de Ullrich, la sombra de siempre tras del tejano, recordó que el alemán corrió limpio en 2001 y el resultado fue muy claro: "Vimos que nada era real en ellos. Ullrich estaba en la mejor forma de su carrera, pero Armstrong jugaba con él".

No solo el ciclismo vivió una especie de revolución de cuenta de la EPO. También los atletas africanos de fondo vieron como su primacía encontraba resistencia frente a europeos bien oxigenados. Luego del año 2000, cuando la EPO ya era detectada, quienes viven y se entrenan en la altillanura africana volvieron vuelto a ser amos y señores de las distancias medias y largas en calles y pistas. Nuestros ciclistas, acostumbrados a las cumbres de Antioquia, Boyacá, Cundinamarca o Nariño, donde entrenan sobre los 2000 metros de altitud, tienen de nuevo la ventaja natural para enfrentar el desafío de las cuatro o cinco etapas de montaña en las grandes carreras. Además, le han perdido el miedo a las cronos y Europa se ha convertido en un sitio más de trabajo y no en la pesadilla de un continente ajeno y hostil.

Muchas cosas han cambiado en el ciclismo, pero ver a los colombianos ganar y dar batalla como los mejores en las grandes cimas, dan ganas de gritar a la usanza de los viejos narradores: "etapa épica en las cumbres de Cerler, Alpe de Huez, Tre Cime di Lavaredo, Morzine, Alto de Campo..."; Y de repetir la famosa estrofa de Rubén Darío Arcila cuando Herrera llegó vestido de amarillo al Paseo de La Castellana: "Paso a la victoria, paso a la victoria..."





“A las maricas  
nos quieren  
sacar de acá”

La noticia llegó a Universo Centro en forma de queja: que la Alcaldía había cerrado las calles y los andenes que dan acceso a Barbacoas, la zona de tolerancia más reconocida de Medellín, una conquista de la población transgénero en tres lustros de agite, inseguridad y atropellos que ahora pierde legitimidad.



por DAVID E. GUZMÁN

Fotografía: Juan Fernando Ospina

Las dos mujeres lucen un top que apenas les cubre las tetillas. Sus cinturas son demasiado estrechas para las grupas que se amplían formando dos culos monumentales. Vienen de gancho por la acera de la carrera 49, a un costado del Parque Bolívar de Medellín. Caminan despacio, a la caza de algún cliente. Normalmente estarían paradas sobre la carrera Palacé entre las calles Bolivia y Perú, o sobre estas entre Palacé y Bolívar, pero desde hace varias semanas ese cuadrante está clausurado y en cuidados intensivos.

“No sabemos hasta cuándo”, manifiesta una de las chicas. “Dicen que en un mes vamos a poder trabajar tranquilas”, agrega la otra, y siguen su camino con un rítmico taconeo. Desde allí se divisa el hotel Milán con una decena de travestis alrededor de la entrada. Fue el único hotel de la zona que quedó por fuera del cerco policial. Son las tres de la tarde del sábado 18 de mayo de 2013. Un mes atrás, el viernes 19 de abril, fue el día cero de la intervención: la Alcaldía, con la Secretaría de Gobierno y la fuerza pública, se tomó este sector que

hasta hoy controla las 24 horas del día mediante la restricción del paso vehicular y peatonal.

Según los informes oficiales, en la batida del 19 de abril hubo quince capturas, decomisaron trece mil dosis de droga, sellaron seis ollas de vicio que pasaron a procesos de extinción de dominio, clausuraron veintidós locales por incumplir la normatividad de higiene y seguridad, y hallaron 62 conexiones ilegales de energía. Con esta acción se obedeció la orden del presidente Juan Manuel Santos de acabar con las ollas de vicio en dos meses. Al viernes siguiente la Alcaldía llevó la “feria de servicios sociales”, donde se atendió a la población del sector a través de las secretarías de Salud y de Inclusión Social y Familia, el Sisbén, entre otras dependencias; también se hicieron arreglos de pavimento y limpieza en la calle del Calzoncillo, apéndice de la diagonal Barbacoas, foco máximo del ajeteo.

\*\*\*

Un señor con una bolsa negra avanza por Bolívar y sube por Bolivia hasta toparse con una carpa que tiene el logo de la Alcaldía; allí un policía

bachiller revisa la bolsa y le requisita el torso, la pretina y las botas del pantalón. El hombre baja las manos y continúa su camino. No hay clientes en los negocios de comida y algunos están cerrados. Ningún policía sabe cuánto durará la intervención, pero aclaran que no es en contra de las trabajadoras sexuales, “solo que ellas se ven perjudicadas porque los carros de alta gama ya no las pueden recoger”. Los clientes de a pie tampoco se atreven a cruzar el filtro policial para acceder a sus servicios. La orden de controlar el sector y conservarlo libre de ilegalidad, vicio y explotación infantil se cumple a través de una medida desesperada y arbitraria: la clausura disimulada de un amplio sector del centro de la ciudad.

La zona está cercada por vallas metálicas y cuenta con cuatro fortines, cada uno con carpa y un manojo de policías a la custodia. Visto desde arriba sería un gran cuadrado que cerca cuatro “manzanas podridas”, una de ellas, el Calzoncillo, estrecha y en forma de codo, lo más parecido que tenemos al Caminito bonaerense. Los carros no pueden transitar, y cada persona que

quiere hacerlo debe someterse a preguntas y requisita minuciosa. El sitio, que antes era una olla de fuego avivada por jibaros, putas, drogadictos e indigentes y controlada por grupos al margen de la ley, ahora está vigilado y solitario como si en minutos fueran a demoler casas y edificios mediante una explosión controlada.

\*\*\*

Samanta llega al Parque Bolívar por el frente del atrio de la Catedral Metropolitana. Es transgénero y una de las líderes de esta comunidad. Lleva unas zapatillas de tela, un pantalón amplio, un morral a la espalda y el pelo sujetado hacia atrás con una diadema de pepitas azules y blancas. No está a gusto parada, dice que no quiere que le den várices todavía; se dirige a las escalas del atrio pero decidimos caminar por Bolivia hacia Palacé.

La calle está desierta. Samanta dice que los comerciantes también se están viendo perjudicados con la intervención, y asegura que van a poner una acción de tutela que proteja su derecho al trabajo, pues con el cierre las pérdidas de algunos hoteles, mercados y bares

son millonarias. El cincuenta por ciento de las transgénero que vivían en hoteles de la zona han abandonado la vecindad. “Mira, debería haber unas cuarenta niñas, y no hay ninguna”, afirma Samanta cuando llegamos al cruce de Palacé con Bolivia.

Sobre la batida del 19 Samanta dice que hubo discriminación y vulneración de los derechos de los que ya goza la población trans. La comunidad transgenerista y la Personería han denunciado que quince policías irrumpieron en el hotel Majestic sin mostrar orden alguna, requisaron habitación por habitación y a las chicas les pidieron documentos y empezaron a tratarlas por sus nombres masculinos. Cuenta el administrador del hotel que ellas pedían que las llamaran por sus nombres femeninos, pero los tombo les decían: “es que ustedes son hombres”. “Para completar el cuadro de discriminación por parte de la Policía Nacional, las requisaron hombres, cuando es sabido por ellas que las debe requisar –cuando procede– una mujer. Cuando no abrían la puerta de las habitaciones los policías las abrían a patadas”, dice la denuncia de la comunidad trans.

\*\*\*

Pasamos el control y uno de los policías aborda a Samanta. Le pide el teléfono para que coordinen una reunión. Cruzada de brazos, Samanta le dice: “¿Con qué fin?”. El uniformado aclara que es el responsable del cuadrante en cuestión y está interesado en llegar a acuerdos. Anota el teléfono y en algún momento lo trata de hombre; Samanta, tranquila, le dice que hay que empezar por ahí, por reconocerlas como son. Luego de años de trabajo con las autoridades se ha concretado, al menos en el papel, una política pública LGTBI que propone un trato diferencial y respetuoso hacia esta población.

Caminamos por Palacé hacia la calle Perú. En una cafetería hay un par de señores tomando café. De repente aparece la única travesti que vimos dentro del cuadrante; solo va de paso, se detiene a saludar a Samanta. Es la India Catalina del desfile gay del año pasado; es alta, tiene la piel morena, el cabello negro,

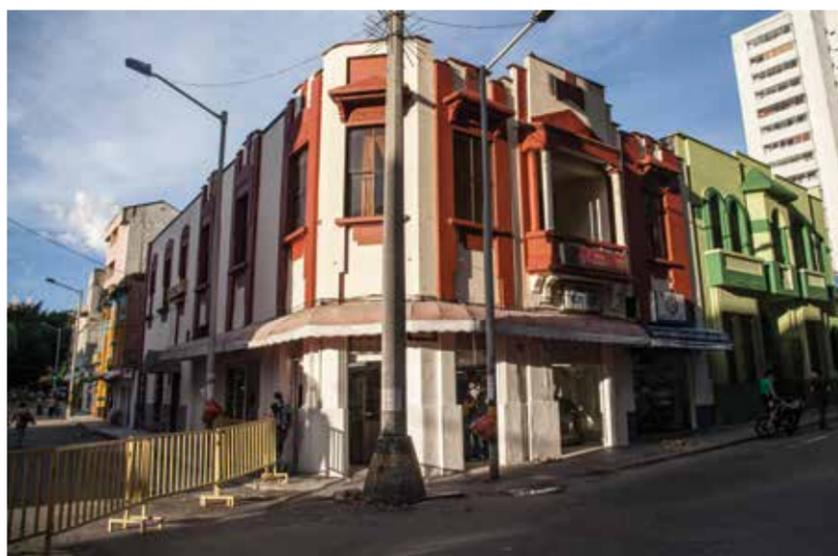
una tela que le cubre las caderas y unas siliconas redondas y pétreas. No parece afectada por el cierre; habla sobre los desfiles, dice que le gusta hacer desnudos artísticos, que el año pasado desfiló de “teta volada”, pero que prefiere los desfiles de la capital porque aquí hay mucho tintineo de garrafas, humo y descontrol. La India, oriunda de Sincelejo, tiene calor, las gotas de sudor en el bozo la delatan.

Mientras avanzamos Samanta dice que su comunidad está aquí desde hace quince años, que crearon la vocación del lugar, y piden que esta sea su zona de tolerancia. Al lado del hotel Majestic, que está en remodelación, hay un fuerte olor a pescado. Bajamos por la calle Perú; el local “Las delicias de Olga” está ocupado solamente por sus empleados. “El mero sábado perdimos 400 mil pesos”, dice Olga, una cocinera setentona de delantal, mientras descarga un plato de sopa en la barra. Su hijo Norberto dice: “estamos muy afectados, aquí almuerzan las chicas, pero ya no pasa nadie”. Otra señora, encargada de un puesto de parva, dice que ha perdido unos 840.000 pesos en el último mes.

Diagonal a “Las delicias de Olga” está el negocio de Miguel, administrador de un arsenal de termos de café. Cuenta, con sus ojos enrojecidos por terribles, que el día de la intervención todos eran sospechosos. “Llegaron y cerraron”. Pero para él lo más delicado no es que restrinjan el tránsito sino que nieguen el acceso después de las siete de la noche. Miguel lleva 18 años trabajando en Barbacoas y está acostumbrado a que de vez en cuando caiga la ley a tratar de poner orden. “Tapan un hueco para abrir otro”, dice, refiriéndose a que las ollas de vicio no se eliminan sino que cambian de lugar.

\*\*\*

Hace poco el presidente Santos salió a relucir pecho y dijo que el 65% de las ollas del país estaban acabadas. Seguro el presidente contó las ollas cerradas en Barbacoas, pero habría que invitarlo a caminar unas calles más abajo del sector esterilizado, llenas de niños y jóvenes encargados de la venta de baretos



de marihuana, papeletas de bazuco y perico. La repulsiva mezcla de olores se trasteó con los drogadictos a una zona que antes solo contaba con venteros de fruta, verduras y cachivaches.

Para Samanta el tema de las ollas de vicio es un pretexto para sacarlas del sector: “esta es la única olla de Medellín que está cerrada”. Recuerda que hace un par de años el nefasto Luis Pérez, siendo alcalde de la ciudad, acusó a la población transgénero de ser el motor de la delincuencia y la inseguridad en el Centro. Subimos de nuevo para salir del cuadrante y Samanta señala un edificio que contrasta con la arquitectura añeja de Barbacoas; es la nueva sede de la Universidad Autónoma Latinoamericana, institución que hace unos años adquirió el edificio adjunto, donde se espera una próxima ampliación. “En esa época llegó el run run de que iban a hacer limpieza social porque los dueños de la universidad no querían que los estudiantes salieran y vieran travestis”, dice Samanta.

Estamos a unas cuerdas del hotel Milán. Hay seis o siete travestis en la entrada, frente a una casa abandonada que luce una placa muy dicente: “Llegión de María”. Samanta dice que no nos asustemos si nos mandan la mano. Risas. Hay dos de vestido negro, altas y

anchas, recostadas contra la pared. Justo en la entrada hay otra de botas blancas hasta la rodilla y falda de bluyín. Algunas tasan las pérdidas entre 80.000 y 250.000 pesos diarios. Otra trans está sentada, hace carrizo, tiene un lunar redondito al lado de la nariz; habla despacio y dice que muchas chicas se fueron a trabajar a Bogotá y Cali. El 80 por ciento de ellas sostienen a sus familias y todas sienten que les están violando el derecho al trabajo, que las están desplazando, y, además, se saben engañadas porque les dijeron que la intervención sería solo por unos días. Por eso la Comunidad Transgenerista de Medellín presentó una acción legal para defender el derecho de los ciudadanos a la libre movilidad.

Entre las travestis se destaca una por su aspecto varonil y su cola de caballo. Viste bermudas y camiseta verde, tiene en sus dedos una cusca que maneja con elegancia, se da una calada y dice: “A las maricas nos quieren sacar de acá”. No se sabe qué va a pasar, si seguirá la prohibición y la restricción o si reconquistarán su territorio. Primero las sacaron de Barrio Antioquia, luego de Lovaina, ¿le llegó el turno a Barbacoas? Por ahora, como dice la de bermudas, a las putas les toca salir y llevar a los clientes con lazo. UC



El Gondolín es el puerto para las travestis del interior que llegan a probar suerte a Buenos Aires. Un inquilinato que tuvo problemas de drogas y riñas se convirtió, bajo la tutela de las hijas de Salta y Jujuy, en el primer hotel del mundo ocupado pacíficamente por chicas travestis.

# Las putas vecinas

por LUCAS VILLAMIL

Fotografías por el autor



**C**reo que era una noche de febrero, a pocas cuadras de mi casa. Desde unos tacos altísimos un par de ojos muy delineados me atravesaron con absoluto descaro. La calle estaba vacía, salvo por nosotros dos.

—Hola papi, vení conmigo —dijo. Yo sonreí algo nervioso y seguí mi camino.

Pocos días después me pareció verla de nuevo. Fue en la verdulería. Sin el maquillaje era difícil reconocerla, pero su voz era muy parecida a la que me había hablado aquella noche. En los meses que siguieron los encuentros se multiplicaron. No solo con ella, sino con muchas de las travestis que caminaban por mi barrio. Las veía siempre en grupos de tres o cuatro, a veces muy arregladas y otras veces más de entrecasa, pero siempre cargadas de una inquietante aura sexual.

Un día, buscando un local de comidas árabes que me habían recomendado, me acerqué a pedirle ayuda a una mujer que estaba parada en una esquina junto a sus dos perros. La mujer resultó ser Zoe, una travesti que no conocía el local de los árabes pero que me dio muchas otras respuestas. Fue en la intersección de Aráoz y Jufre, en Villa Crespo, un barrio de Buenos Aires que hace algunos años las inmobiliarias comenzaron a llamar Palermo Queens, y en el que hoy conviven caros peaches remodelados, restaurantes vegetarianos de moda, locales de lanas y algunas casas usurpadas. Ahí, a veinte metros de esa esquina donde por primera vez hablé con Zoe, está el Hotel Gondolín, un edificio de cuatro pisos, de fachada turquesa y una pequeña puerta de metal, donde viven cerca de setenta travestis.

\*\*\*

Veinte años atrás el Gondolín era un tranquilo hotel familiar. Había un dueño, precios económicos, algunas familias y varias travestis. Con el tiempo, el dueño del hotel vio que las chicas eran un mejor negocio: estaban dispuestas a pagar más y no se atrasaban con el alquiler. Entonces decidió echar a las familias y quedarse solo con

las travestis, sin imaginarse que pronto se quedaría sin nada, y que ellas, organizadas como una gran familia, serían las nuevas dueñas del hotel.

Zoe me contó esto aquella vez que la vi con sus perros. También me contó que es salteña, que tiene 38 años y que hace 16 vive en el hotel. Zoe es morocha, tiene el pelo largo con rulos y comenzó a vestirse de mujer a los catorce años.

Tras esa primera conversación quise saber más acerca de ella y del hotel. El Gondolín se me antojó un lugar mítico del barrio y comencé a frecuentar esa cuadra. Fueron muchas las veces que golpee la puerta de metal esperando que me atendieran y terminé por familiarizarme con algunas de sus residentes. El hotel no tiene timbre pero siempre hay alguien que sale o que entra. Finalmente hoy, en una noche muy fría, Zoe me invita a pasar.

Cruzamos la puerta y un pasillo nos lleva hasta un pequeño patio interno con una mesa y una escalera que sube hacia un segundo piso. Varias travestis toman mate y conversan. Me saludan y me miran de arriba a abajo. Adentro del Gondolín todo es violeta.

Zoe es la séptima de nueve hermanos. Su padre, separado de su madre desde hace muchos años, es puestero en un campo y está siempre vestido de gaucho, con bombachas, sombrero y cuchillo en la cintura. La última vez que Zoe fue a visitarlo tuvo que andar una hora y media a caballo. Cuando decidió mudarse a Buenos Aires, Zoe tenía apenas dieciséis años. Su madre intentó convencerla de que se quedara en Salta con ella. Le decía que la vida en Buenos Aires era difícil, pero igual ella sacó un pasaje de ómnibus para la capital. A las pocas horas de viaje, cuando llegó a Tucumán, se bajó del ómnibus y volvió a la casa de su madre. Recién dos años más tarde se animó a mudarse definitivamente a Buenos Aires.

—Ahí ya estaba más decidida, ya quería tener tetas, todo. Tenía el pelo largo y me vestía como una mujer — dice, sentada sobre su cama con las piernas cruzadas.

Su habitación tiene una ventana que da a la calle. La persiana está baja. Hay una cama de dos plazas, un televisor encendido, una heladera, un armario grande y un par de sillas y sillones. Debajo de uno de los sillones hay un tacho con cera para depilación. De una de las paredes cuelga un espejo y de otra un cuadro en el que se ve un castillo en la punta de una montaña, como los de los cuentos de hadas.

\*\*\*

La mayoría de las travestis comienzan a reconocerse a sí mismas en su adolescencia. En muchos casos, sus familias no aceptan los cambios y las echan de sus hogares. Buenos Aires recibe cada

año a cientos de travestis del interior del país que deciden buscar una vida con más oportunidades. El Gondolín es uno de los puntos de encuentro en la capital para muchas travestis provenientes de las provincias del Norte, sobre todo de Salta y Jujuy. Llegan muy jóvenes, casi sin dinero y con apenas unas pocas convicciones. Acá no les resulta fácil ganarse la vida, y la primera alternativa casi siempre es la prostitución. Zoe no fue la excepción, aunque había comenzado a ejercer el oficio antes de llegar a la capital. En Salta Zoe cursó hasta el primer año de secundaria y después empezó a estudiar mecánica dental en un instituto nocturno. Cuando volvía del instituto a su casa tenía que pasar sí o sí por la zona roja salteña.

—Pasé una vez, pasé otra vez... la tercera vez me paró un tipo, me pagó y me gustó. Y así empecé a ir, aunque no tenía necesidad. Era como un juego. Pero cuando me tomé en serio la prostitución fue cuando llegué a Buenos Aires, porque acá tenía que comer, tenía que pagarme el hotel, pagarle a la policía, la ropa, todo.

Zoe llegó a Buenos Aires en 1994, y en el '96, por medio de unas travestis rosarinas que conoció en la calle Godoy Cruz, fue a parar al Gondolín. Entonces tenía poco más de veinte años. Su adaptación no fue fácil e incluyó unos cuantos pasos por el calabozo. La calle Godoy Cruz, en Palermo, donde Zoe buscaba a sus clientes, era una de las zonas rojas más concurridas de la ciudad. Pero para poder trabajar primero debía pagar un derecho de piso. Según recuerda, estuvo mucho tiempo entrando y saliendo de las comisarías porteñas. La retenían durante veinticuatro horas, pagaba una multa de quince pesos y la dejaban salir. Al día siguiente, la misma secuencia. Hasta que un día, cansada, Zoe habló con el policía jefe de calle y él le dio dos opciones: pedía un recurso de amparo o pasaba todos los días a las seis de la mañana por la comisaría a pagar un "arreglo" de cincuenta pesos.

—Hice lo más fácil, rápido y seguro: el arreglo.

En esa época eran pocos los hoteles en Buenos Aires que alojaban a las travestis, y los que las recibían se aprovechaban de ellas. Era lo que pasaba en el Gondolín. Los baños y las cocinas estaban muy sucios, no había luz en los pasillos y las camas estaban rotas. Además, el dueño del lugar no tenía las habilitaciones en regla, tenía deudas con la dirección de rentas de la ciudad y cobraba un alquiler cada vez más caro. Fue entonces cuando un grupo de travestis que habitaba el hotel denunció al dueño en la municipalidad. Finalmente, en el año '99 hubo un allanamiento y el lugar quedó clausurado, pero no





podieron desalojar a sus inquilinas. Zoe me explica que no se trató de una usurpación, porque ellas ya vivían ahí y hasta figuraban en el libro de actas del hotel que quedó incautado en alguna comisaría. “Es el primer hotel del mundo ocupado pacíficamente por chicas travestis”, dice Zoe.

Desde el patio llegan gritos y alguien toca la puerta de la habitación. Zoe abre y una cabeza rubia teñida se asoma. Es Carolina, una travesti jujeña de veinte años que llegó hace varios meses al hotel. Viene a traerle a Zoe un plato de comida y de paso quiere saber con quién está, pero Zoe agarra el plato y cierra rápido la puerta.

–Carolina es sobrina mía y es hija de Cristal, una jujeña que está acá hace mucho –dice.

En “el Gondo”, como llaman al hotel cariñosamente sus habitantes, las travestis se organizan en una suerte de núcleo familiar. Todas tienen alguna hermana, prima, tía o madre. Algo típico de la cultura travesti. De esta manera las más jóvenes tienen un respaldo a la hora de pararse a trabajar en la zona roja. Decir que son hijas de Zoe o de Cristal, o que viven en el Gondolín, les facilita el respeto de las demás prostitutas.

Zoe y Cristal son de las pocas travestis que quedan en el hotel desde los años de la ocupación. Pero en el medio pasaron muchas cosas.

–En aquella época empezó a haber mucho descontrol acá. Se vendía merca, pasta base, trabajábamos en esta misma cuadra, entrábamos con clientes...

El hotel era muy diferente a lo que es ahora. Zoe fue solo una más de las travestis que quedaron atrapadas por la pasta base. Tener la droga dentro del hotel era una tentación muy peligrosa que llevó a muchas a una dependencia casi absoluta. Llegó a estar muchos días tirada en un colchón en el piso, con el cuarto vacío, fumando.

Mientras conversamos, yo estoy sentado en una silla frente a Zoe y un olor a perro flota en la habitación. A mi lado, en un sillón, descansa el Bebé, uno negro sin raza que ya tiene quince años y fue un regalo de Osvaldo, la ex pareja de Zoe, con quien ella convivió durante más de doce años en esta habitación.

Se conocieron en la Godoy Cruz. Según su descripción, era un pibe de la calle que hacía changas y se la rebuscaba.

Osvaldo también quedó atrapado por la pasta base, pero mientras que ella supo rescatarse a tiempo, él no lo logró. Un día Osvaldo fue a comprar droga y cayó preso. Entonces las cosas se complicaron en serio. Además de su adicción, Osvaldo estaba enfermo de VIH. En la cárcel no recibía los medicamentos que necesitaba ni una atención médica adecuada. Osvaldo terminó internado en un pabellón del Hospital Muñiz, donde contrajo tuberculosis y murió hace algo más de tres años. El Bebé es lo único que le quedó de aquel compañero.

–Esta perra tiene más derechos que todos estos putos que viven acá –me dice. \*\*\*

Varias semanas después, un viernes a la tarde, vuelvo a pasar por la puerta del Gondolín y me encuentro con Zoe. Cambió los rulos por el cabello lacio. Me invita a pasar. Esta vez hay más movimiento y no estamos solos en su habitación. Hay dos chicas sentadas en la cama mirando la televisión. Una de ellas es Carolina, la jujeña rubia hija de Cristal. Mientras destapamos una cerveza le pregunto cómo llegó ahí.

–Mí familia es un caos, ya no aguantaba más y mamá no tengo, así que antes de seguir viviendo entre peleas preferí irme.

Tiene 19 años y seis hermanos, llegó a Buenos Aires el año pasado, acompañada por dos amigas travestis. Sus ojos son grandes y redondos, y lleva un top diminuto que deja asomar los bordes de sus pezones. Cuando estaba en la escuela secundaria, Carolina ya se vestía como una mujer y la directora le hizo varias actas por eso. Al poco tiempo de llegar a la capital se implantó los pechos de silicona que le costaron 7.200 pesos en una clínica de Palermo. Me cuenta que hasta hace poco vivió en una casa donde tenía su propia habitación.

–Ahí hacía lo que quería, podía ir con clientes y quedarme toda la noche, pero después empecé a ver las cosas de otra manera. Me sentía sola y al final me vine para el Gondolín. Estoy acostumbrada a vivir con muchas personas.

Atrás suyo, recostada en la cama, está Agustina, una salteña que vino a Buenos Aires hace cuatro años, cuando acababa de cumplir quince. Es fina, delicada, y habla poco. Su cabello es lacio con reflejos rubios. Dice que en la calle pasa desapercibida, que nadie se da cuenta de que es travesti.

Afuera se escuchan los motores de los taxis que vienen a buscar a algún grupo de travestis para llevarlas a los bosques de Palermo, la zona roja más popular de Buenos Aires. Salen con tacos, minifaldas, pelucas y mucho maquillaje. Carolina dice que ella a los bosques va muy de vez en cuando, prefiere trabajar en la calle Godoy Cruz.

–Allá hay mucho quilombo, te hacen de todo. A mí una vez, un día de lluvia a las seis de la mañana, un cliente me robó todo –cuenta.

Esta vez, además del Bebé, en la habitación también está Messi, el otro perro de Zoe. Messi es más pequeño y movedizo, y fue un regalo de Andrea, la actual encargada, una suerte de jefa del Gondolín. Andrea es salteña y llegó al hotel de la mano de Zoe en el momento de máxima decadencia del edificio, hace unos ocho años. Su figura fue clave para generar un cambio. El hotel necesitaba a alguien que tuviera autoridad y que se ganara el respeto de todas sus habitantes. El primer paso fue echar a la gente que vendía droga y establecer una serie de normas de convivencia. Ya no se podía trabajar en las cuadras del barrio y mucho menos hacer entrar a los clientes al hotel; eso fue fundamental para mejorar la relación de las travestis con los vecinos. Además, se acordó una tarifa mensual para comenzar a mantener el edificio en buenas condiciones, se pagaron las deudas y se restablecieron formalmente los servicios de luz, gas, agua y cloacas.

El Gondolín funciona hoy como una Asociación Civil. El hotel tiene cuatro pisos, tres cocinas, tres baños y quince o veinte habitaciones. En cada habitación hay dos literas, y las travestis más jóvenes se acomodan en ellas mientras se adaptan a la gran ciudad. Si no tienen dinero se les da un tiempo de gracia para que aprendan a trabajar y junten lo suficiente para el alquiler. Además, se reparten preservativos y se brinda información para la prevención de enfermedades. Zoe cuenta que ella trabajó durante un tiempo acompañando a grupos de travestis más jóvenes a los hospitales para que se hicieran análisis. El problema de salud más común entre ellas –explica– son las infecciones en los pulmones, porque se pasan noches enteras trabajando desnudas en

los bosques, muchas veces soportando temperaturas bajo cero.

–Es que los clientes te quieren ver en bola. Si estás tapada no te comen.

La conversación se interrumpe porque un hombre se para en la puerta de la habitación. Es Leo, un vendedor ambulante que desde hace muchos años pasa semanalmente por el Gondolín vendiendo lencería. Hoy viene a cobrar: las chicas siempre están en deuda con Leo.

–¡Todos los días vienen! ¿Qué se creen ustedes? ¿Que cagamos la plata? –le dice Carolina. Es una escena que se repite cada vez que llega un vendedor.

Finalmente Carolina saca unos billetes de su escote y paga lo que debe. Despacha al vendedor y dice que en el verano se va a ir a Jujuy a hacer el trámite para el documento, y que de paso va a carnavalear un poco. Las jujeñas y las salteñas discuten sobre quién tiene los mejores carnavales. Mientras hablamos, el Bebé está sentado a mi lado y Messi entra y sale de la habitación. Zoe se maquilla frente al espejo. Milagros está inquieta, excitada, organizando algo para la noche que se aproxima.

Salimos. Los árboles de la cuadra fueron podados pero ya muestran sus primeros retoños. Antes de irme me quedo conversando un rato más con Zoe en la vereda. Dice que ella ya no se dedica a la prostitución. O mejor dicho, ya no lo hace de la misma manera que antes. Hace ya varios años dejó de salir a buscar clientes, pero a veces los clientes la encuentran a ella.

–En Buenos Aires no necesitas una zona roja, porque salís a comprar el pan y “pim”, pasa un cliente.

Por alguna razón, cuando dejó de buscar clientes también decidió implantarse pechos de silicona, para lo cual viajó a Brasil. Antes de eso usaba unas prótesis del mismo material que se podían poner y sacar todos los días. Ahora Zoe tiene otras maneras de ganar dinero. Al lado de la casa de su madre, en Salta, tiene un terreno en el que construyó tres habitaciones pequeñas que alquila a travestis salteñas. También gana algunos pesos haciendo favores y préstamos dentro del hotel. Muchas veces le presta dinero a alguna travesti más chica para que se haga una operación y cobra una alta tasa de interés, jugando a ser banco. También cobra por prestar sus zapatos, sus vestidos, su perfume y sus esmaltes. “Nada es gratis”, me dice. \*\*\*

Algunas horas más tarde, bien entrada la noche, volveré a pasar por la puerta del Gondolín. Zoe habrá tomado mucho alcohol y unas rayas de cocaína, y me observará con ojos desenfocados para contarme que está por vestirse bien puta y salir para los bosques de Palermo con sus compañeras. No quiere quedarse sola en el hotel. Me cruzaré con Milagros, que me mirará de reojo como si no me conociera. Estará irreconocible, con el cabello brillante atado en un extraño rodete y unos pantalones ajustadísimos que harán ver su culo como una manzana. Caminará una cuadra y buscará clientes sobre la avenida Scalabrini Ortiz. No tardará mucho en subirse a un Fiat negro. Los perros estarán durmiendo en el cuarto de Zoe, y Carolina y Agustina ya estarán paradas semidesnudas en alguna esquina de Buenos Aires. Seguramente me las volveré a encontrar muy pronto. UC

# Una vuelta con Honorato

por HERNANDO GONZÁLEZ RODRÍGUEZ

Ilustración: Verónica Velásquez

**N**o te apresures a auxiliar a los pasajeros que viajan de pie ofreciéndote a cargarles sus paquetes. Te sugiero que medites el asunto. Ignoras qué traen los susodichos en esos envoltorios. Mucho loco anda suelto. Así que te prevengo.

Imagina que a un guillado de esos se le ocurre pescar un bollo de su reciente deyección y envolverlo en abundante papel, reforzado con cartones y plásticos, hasta hacer un paquete presentable. No contento con eso, el tipo sale a pasear, a disfrutar de la incitante tarde de verano. Y sube a un bus.

No hay asientos libres, de modo que nuestro hombre se toma del pasamanos, se desliza hasta el fondo y se detiene cerca de la banca de los músicos, y tú, que viajas sentadita, cometes la imprudencia que no debe cometerse nunca: llevarle el paquete.

Es pura mierda.

Al comienzo el olor no se siente, pero espera a que el bus avance un poco más, a que los vapores se tomen confianza, a que se expandan. Ahí empieza el problema.

Aunque casi todos lo llevamos en el aliento, odiamos ese olor cuando proviene de afuera, del ancho y vario mundo de las formas.

A Honorato, así se llama nuestro personaje, se le ve muy fresco, sin pizca de turbación, mientras que la nariz de la buena samaritana no tarda en respingar. En el bus se inicia un movimiento general de repulsión que se traduce en miradas recelosas a un lado y otro. El olor se ha posesionado del escenario y ostenta poderes absolutos.

¿De dónde viene? Los gestos de los circunstantes delatan esta pregunta. ¿Quién huele así? Como Honorato fue el último que subió y el único que viaja de pie, un larvario impulso de sindicación se dirige hacia él.

La buena samaritana no puede ir más incómoda mientras carga el paquete. No le cuesta mucho identificarlo como la fuente del molesto olor.

Es pura mierda.

Sin embargo, ella no está muy segura todavía. Ninguno está muy cierto de nada, salvo de que huele a mierda.

Pero, ¿será?

Honorato tiene la palabra. A ver, Honorato.

Honorato prefiere soportar el señalamiento y la hostilidad de los demás antes que dar explicaciones. Sí, es pura mierda. Siendo así, y dado que la amable damita sospecha la naturaleza del olor, ¿por qué no devuelve el envoltorio a su dueño? Por amabilidad, por educación, por respeto a las convenciones. Y acaso se trate de eso, de que Honorato está empeñado en hacer un experimento, en sondear hasta dónde llega la idiotez de la gente. Y ha pescado su bollo, y lo ha embalado, y se ha subido al bus a ver qué ocurre.

Honorato ha descubierto en la mierda el más alto sentido de la democracia, ese poder de igualar y congregar. Es el sustrato más íntimo del ser humano. Hasta el olfato más romo percibe ese indiscutible olor que nos remonta a los tiempos primigenios, al origen de las especies.

Un bus urbano en marcha no es sitio, empero, para lanzarse a estas disquisiciones, así que Honorato prefiere callar y ver cómo se desarrollan los hechos. La manzana de la discordia ya se ha puesto sobre el tapete.

Nunca somos lo suficientemente avisados, incluso el más sesudo deja intersticios por donde se cuelan los... ¿trascos? No, llamémosles cretinadas.

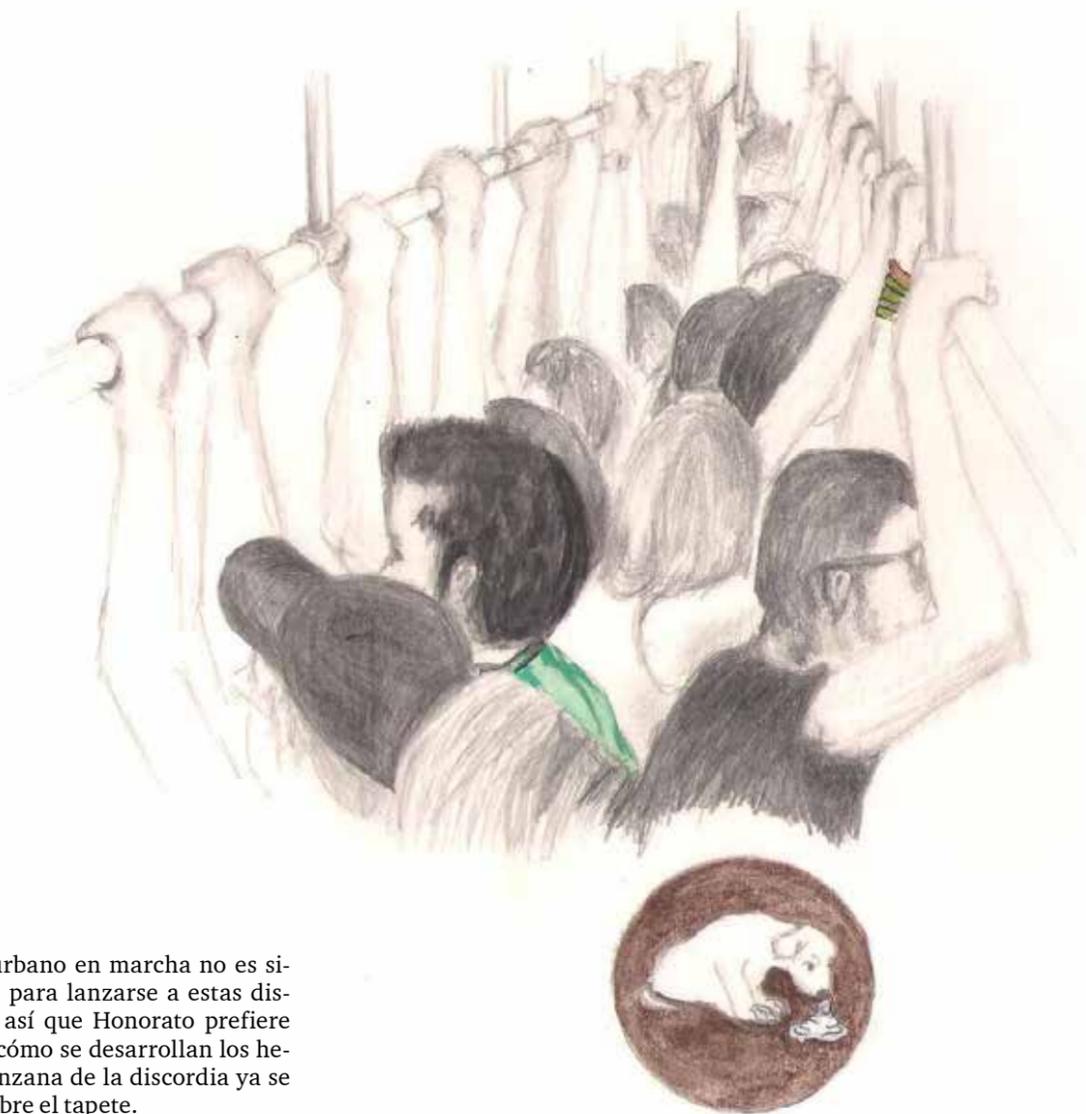
Es preciso poseer buenas dárseñas de cretinismo para exponerse a tanto. Imagínense, así como así, no más por ese atolondramiento estúpido de seres civilizados, tomar envoltorios de manos de unos perfectos desconocidos y cargarlos durante un trecho; como si no fuera suficiente exponerse a proximidades indecorosas de ciertas partes fisonómicas, porque la ocasión hace al ladrón.

Todo huele a mierda, no excepcionalmente el bollo de Honorato y el fondillo por donde sale y el aliento de algunos individuos enfermos de halitosis. Todo. Hasta la brisa y la fruta perfumada de trópico. No se siente, pero si rastrearíamos nos daríamos cuenta de que es la esencia básica, la más sutil. Concentrada, adquiere el olor consabido, el que ahora infesta el bus, el que trae mareada a la damita.

Honorato cree que la damita estallarará, que, brusca, le devolverá el paquete, exclamando: "Señor, ¿qué lleva usted ahí? Parece..." Y se irá al sitio más alejado.

No, la damita sigue sosteniendo el paquete, con las maneras más discretas, con sumo comedimiento.

Y Honorato viene diciéndose que por eso de los procesos metabólicos somos fábricas ambulantes de excrementos. La imagen no es suya, sino de un novelista ¿paraguayo? Un escritor cuyo apellido forma el anagrama "aro".



Por el aro del traste transita el bollo desde las interioridades fisiológicas hasta las exterioridades mundanas. Bella faena a la que no hemos prestado la atención necesaria. En cierta forma, es toda una puesta en escena.

El triunfo es del que más aguanta, se dice Honorato, percatándose de que el bus va en la mitad del recorrido y la damita no le ha espetado: "Señor, ¿qué porquería es esta?"

Tal vez sea porque ella se alista para descender y ya no hay caso, y de hecho entrega el paquete a Honorato y se levanta, toca el timbre y baja. Honorato lo recibe con una imperturbabilidad élísea y se sienta muy correctamente, porque todavía falta un poco de viaje y es bueno ir cómodo. El paquete viene, también muy modosito, en su regazo, despidiendo tufaradas a las que los pasajeros han acabado por acostumbrarse. No faltan los mohines de remilgo, las miraditas sesgadas hacia Honorato para hacerle ver que huele feo, pero todo parece demostrar que se han aguantado el varillazo.

Seguro han hecho de cuenta que es el río el que envía ese maloliente vaho. Es un río infame cuya hediondez han tolerado por decenios. Es la húmeda y apesosa axila de la ciudad, por no comparar ese tajo inmundo con otra zona del cuerpo. Una axila es poca cosa.

Victoriosos, el bollo y Honorato descienden del bus. Es preciso señalar el orden de descenso: el bollo ha salido del bus primero que Honorato, porque este carga el paquete como si fuera un libro. El bollo y Honorato forman una rara simbiosis, no tan notable antes como ahora que van libres por la calle, uno junto al otro, oliéndose. Ahora que la ciudad se abre a ellos como lujuriente odalisca, y caminan de la mano de los más alados númenes. ¿A dónde van? No es fácil predecir adónde se dirigen un hombre y un bollo, quizás al río, a las abluciones. Todo río tiene algo de sagrado, incluso este infecto río nativo.

Lo cierto es que no hay nada cierto. ¿Qué habrá sido de la damita? Ante esta cuestión Honorato recuerda a su amigo Silvestre, quien cada vez que ve a una mujer sola asegura que va a encontrarse con su amante para echar un polvo. Ah, amigo Silvestre, los amantes no se citan solo para copular. Ha de llegar un tiempo en que se junten para echar un bollo. Si es verdad que hay amor, ¿por qué no defecan juntos y aspiran la gloria de sus tripas? A pesar de la vanagloria del progreso, aún no se han inventado los baños con dos inodoros paralelos para que las parejas se sienten a echar un bollo. Quizás a raíz de esta demanda triunfe el sentido común y se subsane esta miopía. El hombre todavía está en pañales en tantas cosas. UC

La gente que ahorra con paciencia  
y gasta con parsimonia  
es gente que sabe...  
es gente de **CONFIAR**



Línea Confiable: 444 1020  
[www.confiar.coop](http://www.confiar.coop)

VIGILADO SUPERINTENDENCIA FINANCIERA DE COLOMBIA

Página

• MEDELLÍN •

# Un jardín para la vida



Mayores informes 385 74 87

Concurso Medellín un jardín para la vida

categorias

- Jardín individual urbano
- Jardín individual rural
- Jardín en urbanización o edificio
- Jardín en espacio público recuperado por la comunidad
- Jardín empresarial, universidades o con fines turísticos
  - Vitrina comercial
- Jardín en instituciones educativas, colegios o jardines infantiles
  - Ganador de ganadores

Inscripciones hasta el **14 de junio de 2013** descargando el formulario en [www.medellin.gov.co](http://www.medellin.gov.co)



Alcaldía de Medellín



## UN SILENCIO SOSTENIDO

por FERNANDO MORA MELÉNDEZ

**E**l maestro llegó del Centro y se puso a sintonizar un radio de tres bandas, de esos en los que se pescan las frecuencias más remotas. Entre el ronquido hertziano alcanzó a oír las notas de *Hacia el calvario*, transmitidas por Radio Moscú. La música había cruzado la Cortina de Hierro, y en ese momento él la estaba oyendo allí, en su casa de Pichincha, en el barrio El Salvador.

No les dijo nada a sus hijos, apagó el radio, abrió el piano y siguió pulsando las teclas hasta el mediodía, en el almuerzo, cuando le comentó a Raquel, su esposa, que los rusos estaban poniendo esa canción.

Este Carlos tan requeñequé para hablar, diría ella. ¡Cómo es que oye su propia canción por allá, desde el otro lado del mundo, y se queda callado!

Iba al Café La Bastilla todos los días a encontrarse con León Zafir, 'El Vate' Gonzalez, Tartarín Moreira o José Mejía y Mejía, los infaltables de esa mesa. Vieco anclaba allí, pedía un tinto, se lo bogaba en silencio, sin dejar de teclear en las rodillas el piano invisible que siempre llevaba consigo. De pronto, se sorbía el poso del café, se paraba y decía: "bueno, hablamos...". Y esas podían ser las únicas palabras que decía en toda la mañana.

Oía en su cabeza acordes y arpeggios todo el tiempo, y pensaba que el resto del mundo también los oía y por eso no hacía falta decir nada. Su cabeza bullía como un panal de notas. "No me pregunte nada, por favor", decía con frecuencia al gacetillero de turno que soñaba con la entrevista a ocho columnas. "Dígame qué quiere que le toque", agregaba, para no parecer desatento.

Al cumplir los dieciocho, y ante el temor de ser reclutado para el servicio militar, Carlos Vieco se refugió en casa de sus padres durante tres meses. Allí llegó un pariente a sugerirle que huyera hacia la parte alta del cerro El Salvador. La idea le quedó sonando y se sentó a componer la canción *Echen pal morro*, un llamado a la desobediencia en ritmo de pasillo.

En la Escuela de música de Santa Cecilia el maestro de Vieco, Jesús Arriola, convenció a unos intérpretes para que la tocaran. La melodía se estrenó con aplauso cerrado en el Circo España, el escenario más popular de Medellín en los años veinte. De golpe, la pieza comenzó a ser parte del repertorio de los rollos de pianola, la música mecánica que sonaba a lo largo de la Villa. Pocos sabían que su autor era

un tímido joven que enseñaba guitarra a las señoritas de la alta sociedad.

Carlos intentaba componer desde los siete años, según la leyenda familiar. Su padre, don Camilo Vieco, ebanista de profesión, también interpretaba varios instrumentos, pues había heredado el gusto por la música de su padre Emigdio Vieco, un flautista de origen italiano radicado en Yolombó en el siglo XIX.

Después de emigrar a la capital de Antioquia desde el Nordeste, Camilo conoció a María Teresa y fundaron un hogar curioso en estas tierras. Si para cualquier patriarca antioqueño la idea de que un hijo suyo se vuelva artista es sinónimo de bohemia, pobreza y holgazanería, Don Camilo en cambio pensaba que este era el mejor destino para su prole. Así que no solo matriculó a los nueve en escuelas de arte, sino que además les infundió el gusto estético que lo llevó a tallar en madera el altar mayor de varias iglesias, a tocar guitarra y a componer pasillos. Al cabo del tiempo los hermanos de Carlos no fueron diletantes sino artistas de verdad: músicos, pintores y escultores con obras renombradas. Carlos, el benjamín de la casa, después de estudiar en el Liceo Antioqueño aprendió dictado musical y armonía, como el resto de sus hermanos, para luego conformar la orquesta de los Vieco, que era un furor en los bailes de salón y en los festivales de la canción antioqueña.

Otra de las piezas más celebradas del maestro fue su obra *Noches de Agua de Dios*, compuesta a beneficio del leprocomio donde estaba recluido el también compositor Luis A. Calvo. Faltaban solo doce días para el acto benéfico cuando desde Agua de Dios encomendaron a un locutor que entregara la letra a Gonzalo Vidal, autor de la música del himno antioqueño. Este pretexto que era muy poco tiempo para inventar una melodía. Sugirió el nombre de ese muchacho que había compuesto *Echen pal morro*, cuyo talento apenas empezaba a trascender. "Ese lunes llegué a la casa, me senté al piano y me dediqué a escribir –dijo Vieco un día que andaba locuaz–. Francamente no creo que me haya demorado más de media hora. Al día siguiente, martes, madrugué, como suelo hacerlo desde joven, y le llevé la música al locutor".

Después del estreno en el Teatro Bolívar, la facilidad para componer y el talento que resonaba en las melodías de Vieco empezaron a pregonarse por todo



el país. El propio Luis A. Calvo, autor del *Intermezzo número dos*, vino a conocer a ese prodigio de la lied paisa. Tocaron a cuatro manos varias piezas, pero después de la visita las tías de Carlos lo obligaron a bañarse en alcohol, porque cómo se le ocurría tocar en el mismo piano con un leproso. Vieco quedó contagiado del deseo de hacer una música refinada como la de Calvo. Varias circunstancias se cruzaron para frustrar la obra que quería hacer, a la que le dedicaba largas horas y que guardaba con orden en un secreter de tres piezas. Esta música, compuesta en más de tres mil partituras, tiene un aire algo distinto de las canciones del sentir popular, las que el mercado y los poderosos le impusieron, junto con las medallas para adoptarlo como un símbolo de la raza montañera.

Hasta hoy la imagen que tenemos de Vieco es la de un compositor popular. Sus piezas aluden a escenas bucólicas que recuerdan lo que se va quedando atrás por el delirio de modernidad y la migración de los campesinos hacia la urbe. A eso tal vez se deba el eco emotivo de canciones como *Adiós casita blanca* o *Tierra labrantía*, que obligaron al maestro a hacerle más caso a ese sentimiento que a su propio deseo de hacer otra clase de música.

En 1937, en otra sesión con sus amigos del Café, León Zafir le entregó una letra para que la enviaran a un concurso que organizaba Bellas Artes. En la misma mesa el autor sacó las notas en veinte minutos. No pasó nada esa vez, y entonces Vieco, algo dolido, la mandó a un concurso en Estados Unidos, porque le gustaban las competencias. Para este segundo concurso sí les avisó a los suyos que iban a dar el veredicto por radio. Se reunieron en la sala alrededor del transistor. Un locutor de una cadena americana anunció en español los nombres de las canciones. El grito unánime se escuchó en todo el barrio. *Te vi cultivando rosas* había quedado de tercera entre quinientas canciones de Latinoamérica.

El reconocimiento público no dispuso su inspiración, que ya tenía domesticada a punta del ejercicio cotidiano frente al piano y la escucha intensiva de las piezas en el almacén musical de su hermano Alfonso, en la Avenida De Greiff. Vieco se sentía atraído por la música europea, en especial por el vals, la zarzuela y la opereta. En alguna ocasión comentó: “qué dirá la gente si escucha estas cosas, les debe sonar muy raro”.

En 1937 se estrenó en el Teatro Junín como director de su opereta *El romance esclavo*, con letra de Arturo Sanín. La trama de la obra es la historia de una dama de alcurnia que en un veraneo en Santa Fe de Antioquia se enamora hasta la perdición de un esclavo. Al regresar a la Villa de la Candelaria sus padres la destierran, pues la noticia de su aventura ha llegado antes que ella. Entonces interviene Juan del Corral, quien pugna por abolir la esclavitud y favorece el encuentro de los amantes furtivos. El arrebato amoroso se convierte en el detonante principal de la independencia de Antioquia.

Aunque a las funciones iba poca gente, Vieco estaba contento con su labor de director de opereta, mientras su esposa Raquel llevaba con firmeza la batuta de un hogar con diez hijos y otras cargas de las que no podía entenderse alguien que solo pensaba en componer otra melodía aún más pegajosa que la anterior, o una contradanza para su secreter. La posteridad daría cuenta de otro Vieco, más sutil y profundo, un autor refinado a la altura de Schubert y otros maestros vieneses. Raquel entendía con admiración los largos silencios

de su marido, y hasta se reía de ellos en público. Contaba que Carlos se hacía el que escuchaba las confidencias de ella mientras oía esa música interior.

El mutismo del maestro se hizo más hondo después de una tragedia familiar de la que no logró reponerse. Al regresar de su recorrido por el Centro no encontró a nadie en casa, y algunos vecinos de la calle Pichincha le contaron que a uno de sus hijos menores lo había arrollado un bus de servicio público al volver del colegio. La muerte del pequeño lo sumergió en la honda pena de la que habla una de sus canciones. Desde entonces, Vieco, triste y lejano, se refugió otra vez en la creación de una música que parece replicar el tono de su emoción de esos años.

Como saben los pocos conocedores de su obra, los que han repasado las partituras que solo interpretó en su cabeza, Vieco compuso obras en todos los géneros de la música andina. Les puso melodía a poemas de Barba Jacob cuando este aún vivía, y a los de cientos de escritores anónimos que tocaban a su casa para entregarle un papelito o se lo tiraban por debajo de la puerta, con la pretensión de que el maestro pusiera a sonar sus estrofas. Cuando alguna letra le gustaba empezaba a agitar el índice para medir los compases.

En los sesenta, el pasillo, el bambuco y la guabina fueron quedando a un lado por la irrupción de la música costeña de la mano de Lucho Bermúdez, otro prolífico. Vieco, que también hizo galerones, torbellinos, marchas, valeses y zarzuelas, e incluso un réquiem de broma para un contertulio del Café La Bastilla, sufrió un traspie creativo. Cuando los productores empezaron a pedirle ritmos que surtieran la fiebre tropical, el maestro, por primera vez en su larga historia de genio repentista, se declaró impotente para traer una cumbia al mundo. Llegó a componer tangos para Agustín Magaldi y obras para Juan Pulido, el divo de Columbia Records, pero pedirle cumbias era demasiado.

Mientras tanto, con su clarinete caribeño, Bermúdez se hacía seguir de un séquito de muchachas hasta el lugar de la pachanga, como en el cuento *El flautista de Hamelín*. Una tarde el músico costeño y su cola de embrujadas llegaron hasta una finca que tenía Bernardo Vieco, hermano de Carlos, en las lomas de Robledo. El recato de la época los obligaba a hacer los bailes de día para que dejaran ir a las mujeres. Cuando ya la fiesta estaba prendida, se largó un

aguacero que se extendió hasta por la noche. Las niñas dejaron de bailar, empezaron a agitarse nerviosas de un lado a otro del zaguán, con temor a la sanción de sus padres por la tardanza. Entonces Lucho Bermúdez, que no pudo convencerlas de que siguieran la rumba, se sentó a componer, en media hora, un tema a manera de crónica sobre lo que estaba pasando: *Sal si puedes*, un porro que se volvió inmortal. Pedirle a Carlos Vieco una pera de esas era el colmo, sobre todo después de la muerte de su hijo.

Los figurones del espectáculo que visitaban Medellín tenían en sus agendas una visita obligada a la casa del maestro, y se hacían tomar fotos con él mientras Vieco, como siempre, callaba y volvía a preguntar “qué quiere que le toque”. Al final de sus días, cuando una enfermedad lo postró, eran sus hijos los que iban a tocarle sus canciones. Vieco se sintió desesperar con los sonidos de sus propios ritmos, y ordenó que nadie volviera jamás a tocar ese piano.

En una de las escenas de *La puntual inspiración*, un documental que estaba grabando en casa del maestro, su hijo Julián Vieco, violinista jubilado de la Orquesta sinfónica de Bogotá, extrajo del secreter una partitura, la ensayó en su cabeza un rato y luego se puso a tocar una fantasía colombiana indescriptible, porque como decía el mismo Vieco, “hay otros que tienen palabras para todo, pero yo no he podido”.

“Creo que es la única vez que eso se ha escuchado –me dijo Julián, conmovido–. Lástima que usted no sea músico para entender lo que yo siento”.

A su funeral de tres días asistieron, además de sus amigos, próceres de la república, tunas, coros, reinas de belleza. La multitud tarareaba entre llantos la música de *Hacia el calvario*, que acompañaba el cortejo. Los amigos del Café sabían que esa obra no tenía una intención religiosa sino que era otro de los poemas de León Zafir, en el que el poeta describía su ascenso por una montaña hacia la cárcel de Concordia mientras la policía de rentas lo llevaba a empellones. Al bohemio Zafir lo habían sorprendido por esos caminos transportando tapetusa de contrabando.

El diario de la parroquia tituló *No faltó nadie*. Y eran tales los duelos y gemidos, que la propia viuda tuvo que tomar un megáfono para pedir que por favor no crecieran el dolor con tanto llanto porque lo que más quería Carlos Vieco era silencio. UC



Familia Vieco Ortiz.  
Fotografía Rodríguez.  
Carlos en el extremo izquierdo.  
1944.

Por rutas distintas llegaron dos historias de compañeras de hábitos de la Madre Laura. Dos tías Madres que compartieron trochas y campanas con la santa de Jericó. Los sobrinos escriben con devoción la crónica familiar de sus tías Lauritas. Las monjas venían de la selva y traían más cuentos que los tíos policías.



## La Madre Grande

por JUAN CARLOS ORREGO

Fotografía: Archivo familiar

**E**n mi casa, antes que la Madre Laura, fue famosa la Madre Cecilia; y lo es todavía: se trata de mi tía paterna –mi única familiar directa en esa rama podada–, misionera octogenaria tan audaz e indolegable como todas las de su clase. De no mediar los solemnes festejos por la canonización de su antigua superiora –así como cierto consejo médico– mi tía estaría ahora mismo enseñando el catecismo a los makunas y yukunas de La Pedrera, agobiada por el calor y las boas de la selva amazónica. No cabe duda de que las misiones religiosas son el destino natural de los obstinados.

Gracias a mi tía, Laura Montoya Upegui es vieja conocida de mi casa, y, en consecuencia, la noticia de su llegada a los altares fue tomada como el anuncio de que una abuela se ganaba el Premio Nobel o, al menos, el premio gordo de la Lotería de Medellín. El estreno de mi uso de razón está ligado a las estadías de mi tía –*La Tía*, para ser más exactos– en Bogotá y Ecuador, desde donde llegaba todos los diciembre con la maleta llena de chécheres, regalos y misteriosas “encomiendas”. A un lado de nuestras chocolatinas y galletas exóticas aparecían las revistas y estampas con la efigie de la Madre Laura, ya se tratara del retrato en que, todavía muy joven –de hecho, muy bella–, mira hacia su izquierda con un gesto tan humilde como imponente, tocada en el pecho con la florida “M” de la Congregación de Misioneras de María Inmaculada y Santa Catalina de Siena; o de ese otro dibujo en que, vieja y

mofletuda, está dirigida hacia la diestra mientras sostiene una pluma, sentada a un escritorio con visos de reclinatorio. A propósito de dicho gesto literario, no está de más anotar que de las maletas de La Tía surgían frecuentemente los libros de la monja escritora, sobre todo las *Cartas misionales* y *La aventura misional en Dabeiba*. Un capricho del destino ha hecho que yo asocie esas obras pías con los cuentos de *La increíble y triste historia de la Cándida Eréndira* y de su abuela desalmada de García Márquez, que por entonces leía mi hermana mayor en cumplimiento de una tarea colegial.

La Tía conoció a la Madre Laura el 15 de diciembre de 1946, según se lo recuerda su proverbial memoria, afilada como la de un compositor sordomudo. Pero entonces la hermana de mi padre era solamente eso, hermana de mi padre –aunque cabe advertir que para entonces mi padre no era mi padre–, y apenas se aprestaba a iniciar la devota carrera que la convertiría en “Madre”: tenía 13 años, y había ido al convento de Belencito en vísperas de una especie de reclutamiento espiritual que la llevaría, al día siguiente, a la Escuela Apostólica que las monjas tenían en el municipio de Granada. Mientras La Tía recorría el convento bajo la tutela de la hermana Margarita Ochoa, apareció, en un cruce de pasillos, la venerable matrona. La llevaban en silla de ruedas, para que sus hondas cavilaciones no tuvieran que distraerse con las profanas lidias de un cuerpo achacoso. La hermana priora presentó la niña a la superiora, y esta, tras palmearle la mejilla, le

dijo: “Sea juiciosa, mijita”. La Tía supo inmediatamente que su vida se partía en dos: había sido tocada por una escogida. Pero lo sintió porque Laura Montoya lo irradiaba, y no porque, por obra de alguna impensada cabriola de su memoria borgiana, La Tía hubiera sabido que un Papa latinoamericano la iba a declarar santa 67 años más tarde.

Con el barullo de la canonización quise hurgar más a fondo en la memoria de La Tía y le pregunté por los últimos días de la Madre Laura. A pesar de que esos fueron días grises, los recordaba entre sonrisas: tanta es su conciencia de haberse cruzado con el carro de la historia. Con toda generosidad me descorrió el velo de una escena que pertenece a la intimidad de la congregación (generosidad que, acaso, algo tiene de agradecimiento por el hecho –sabe Dios si intencionado o casual– de que puse el nombre de Laura a mi primogénita), y me contó lo que vio las veces en que, como novicias, ella y sus compañeras fueron llevadas ante la cama de la Madre agonizante para que elevaran preces por su próximo descanso. La Tía narra que la Madre Laura, presa del delirio de la meningitis, alzaba los brazos al cielo con visible desespero, dejando ver que la agobiaba un dolor infinito, pero, al mismo tiempo, dando a entender que algo se vislumbraba en las alturas. Cuando se produjo el deceso, La Tía fue comisionada para tocar las campanas a rebato y anunciar la mala nueva a Medellín. La muerte de la iluminada conmovió a la ciudad, y la iglesia del convento de Belencito se abarrotó con motivo

de las honras fúnebres, presididas por el Arzobispo de Medellín.

La Tía ha vivido un lustro más de lo que pudo la Madre Laura. Y, como la de ella, su vida es una suma de esfuerzos y milagros; por supuesto, los de mi parienta no han gozado del reconocimiento de la opinión pública y, mucho menos, del Vaticano: conocer y compartir los rincones en que anida la pobreza de Colombia; radicarse en los confines del mundo, entre mosquitos y humedades, para enseñar un catecismo que acaso pocos entienden, y trabajar de sol a sol todos los días del año, sin el aliciente de los festivos, las primas y las vacaciones remuneradas que hacen la dicha de los asalariados; inclusive, quizá no sea un prodigio menor tener que soportar –porque la vida es irónica– que un sobrino le haya salido antropólogo y, por fuerza, descreído. El monumento de sus inminentes ochenta años, sumado al miedo de perderla, me hizo soñar con ella una noche perdida de hace dos o tres semanas. Las caprichosas asociaciones de la memoria quisieron que un cuento de Gabo, *La viuda de Montiel*, fuera el eje narrativo del sueño. Por eso, en la última escena –a un segundo de que la alarma de las cinco me sacara de la visión– La Tía está en un solar tupido de plantas amazónicas, mientras la Madre Laura, vestida con una sábana blanca y con un peine apoyado en el regazo –como la Mamá Grande del cuento–, está sentada muy cerca. La Tía pregunta: “¿Cuándo me voy a morir?”. La santa dice: “Cuando te empiece el cansancio del brazo”. 

por JUAN ALBERTO GÓMEZ D.

Fotografía: Archivo familiar

# Deyanira



**E**ra inútil preguntar por tu nombre, tía Alicia. Apenas hoy me entero de que en La Comunidad te conocían como Deyanira. Para todos los de la casa siempre fuiste la tía Alicia, la que venía de un país de maravillas cada vez que llegabas a contarnos historias de la manera en que desbrozabas la ignorancia para que los indígenas de Guapi, Guanacas o López de Micay hallaran a Dios.

No fuiste ni siquiera la tía Chofi del poema de Sabines para “quererte a tu hora y en el lugar preciso”. La Madre, vicaria de Cristo, te enajenó el tiempo de los tuyos porque descubriste que los tuyos eran todos, (verdad mística, sin duda... y trascendente) mientras te reclamaba mi cariño terrenal... intrascendente.

Tú estabas para otras nupcias con un Cristo disuelto en un mundo en el que tu amor no se consumiera en hogueras filiales. Arderías en llamas sin espasmos durante 41 años en una cama de Juradó donde “la gracia de la dimensión trinitaria llegó a su culmen”, como escribió la madre superiora en la circular 347 de La Comunidad.

Elogian el celo que ponías en tus tareas de magisterio y modistería, y cómo te apreciaban indígenas y negros en las montañas. De qué celo te privaste Deyanira ardiendo en oraciones ante la insolencia de la piel templada de algún joven guía sudoroso que se llamara Eduardo y te dijera “hermana, perdone que la cargue en este paso, es pa que no se moje”, porque tu hábito gris no era impermeable y yo no he podido imaginarte tan de bota. Perdona, hermana.

Cuando nos visitabas, quizás traías la risa acumulada, o contenida, porque la desatabas para que se anchara

generosa en tu rostro caucásico. No olvidé tampoco el temor de cometer el sacrilegio que pudiese significar verte el cabello. Por eso el momento de tu baño en la populosa casa revestía un ambiente de solemnidad, nos alejaba del cuarto en el que aseabas ese cuerpo consagrado con minucioso silencio. El acontecimiento nos concentraba en la sala con fingida distracción. Nadie podía transitar el pasillo.

Y cuando te moriste, tía, mi hermano hizo un mal chiste sobre tu virginidad rotunda, y el hecho de que no lo olvide es para mí la prueba más desconcertante de la dimensión de tu renuncia. Por eso me sorprendió enterarme de tu nombre, Deyanira, que insinúa el garbo sensual de una odalisca o el nombre sonoro para cotizar el cuerpo en una esquina del Centro.

Ahora es santa tu superiora celeste. La iconografía popular decidió quedarse con la imagen de la joven, porque la belleza y la fecundidad también engrandecen la dimensión de su renuncia. ¿Qué gracia tiene la tierna y regordeta anciana de brazos cruzados tras el hábito, o la que escribe mirando extasiada un crucifijo? Yo me quedo con la imagen de tu sonrisa perpetua y la foto en la que exhibes tus nupcias al lado de mi madre y mi abuelo.

Está el abuelo José (primero, por supuesto) con cara de cazador baquiano, que alardea de su puntería con el brazo derecho sin errar el tiro de su bendición. Mi madre, con la bendita cartera que le permite descargar sus manos y menguar su contenida pose. Y tú, Alicia, coronada de flores en actitud de sereno acatamiento, poco antes desposada por Cristo en medio de una lluvia de pétalos de rosa que te llevó hasta el altar.

Fue en Belencito, me cuentan, sitio ahora con gran demanda de milagros. De poco vale que digan que los santos no hacen milagros, que solo son intercesores. Y para qué insistir, si cuando fui a buscar tus huellas dos jóvenes preguntaban por un velón para pedir un milagro. “Lleven el grande de doce mil para que el milagro sea más gordo, dura un mes”, dijo la vendedora. “Es mucho tiempo”, respondió el joven de gorra y mirada resuelta, “necesitamos el milagro muy rápido, y no es tan gordo”.

¿Pediste seguir viviendo cuando te punzó el primer dolor en el pecho aquel viernes 25 de abril allá en Juradó? “Que sea lo que Dios quiera”, es probable que hayas dicho. ¿No repetías también: “ayúdame que yo te ayude”? ¿No era ese el sentido de tu misión: ayudarle un poco a Dios en el cuidado de los marginados y de los enfermos? Pero también decías que “para el último mal no hay cura”, aunque debes reconocer que una buena ayuda a Dios es que hubiera un médico en el pueblo o que dispusieras rápidamente de transporte aéreo para sacarte a Quibdó o a Popayán, como sugirió el sacerdote. Pero insistías en que podías esperar al martes 29 que llegara la avioneta.

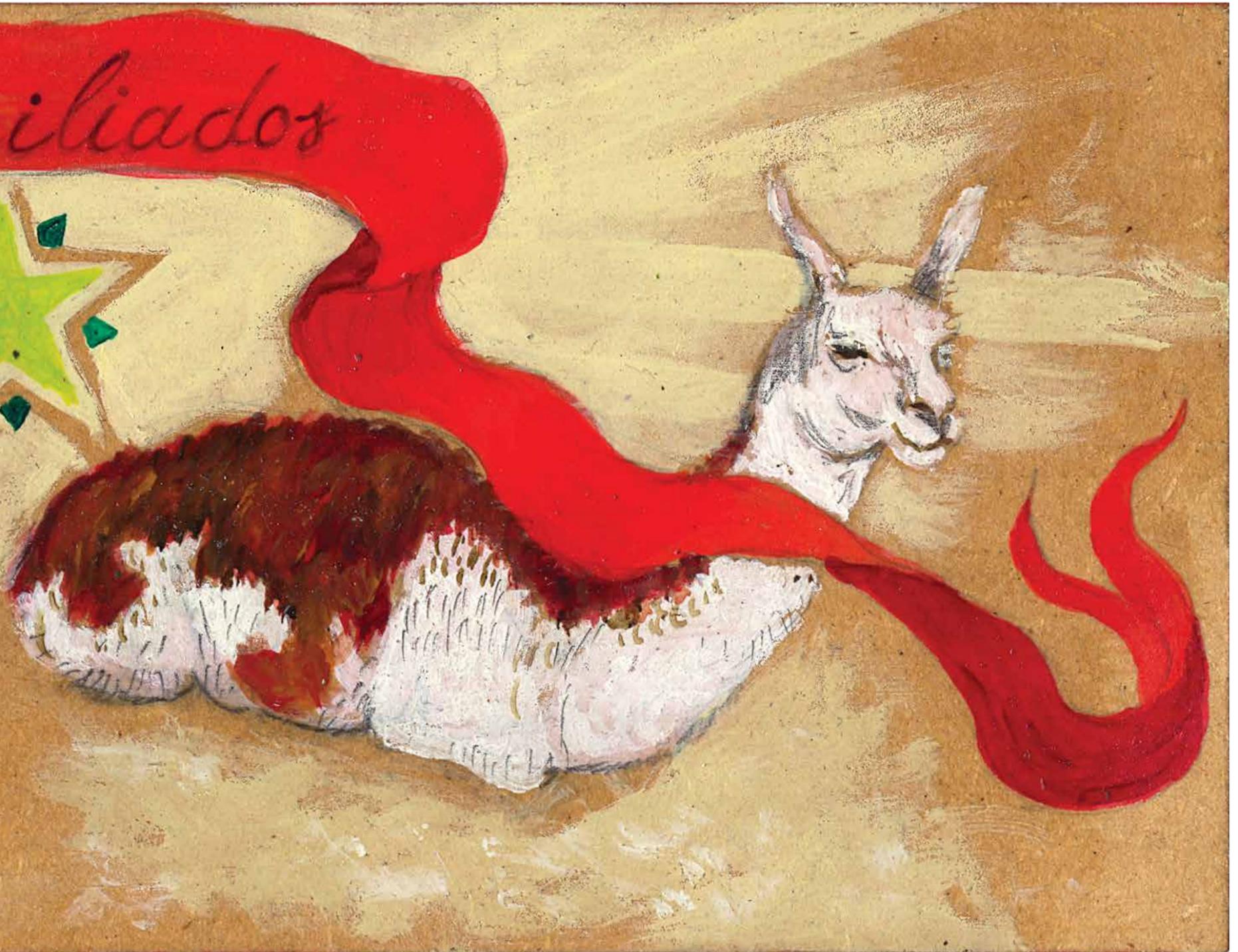
Otra avioneta llegó en vuelo expreso para recoger tu cuerpo consagrado y llevarlo a Belencito, cuarenta años después de la foto. Pero los negros de Juradó cantaron en tu velorio, y te llevaron a la avioneta envuelta en las cortinas blancas del templo. Y bajo el sol de la pista, no menos rotundo, los jóvenes del colegio y los niños de la escuela te despidieron entre cantos.

Sé que el milagro de cada una de tus escasas visitas no califica en el Vaticano, y si algún día te canonizan, serás la patrona de los baños, Deyanira. UC





Carlos Alberto Aguilar Sierra. Kike  
**Reconciliados.**  
Técnica mixta sobre madera.  
2009.



# Vida, hambre y resurrección de un recién nacido

por ALFONSO BUITRAGO LONDOÑO

Ilustración: Mónica Betancourt

**H**ubo tres momentos en mi adolescencia en los que pude convertirme en padre de manera imprevista, pero los sustos, así les dicen, no se concretaron. Lo que sí se concretó en mí fue cierta conciencia de que la paternidad sería una decisión que no sabría cómo tomar.

Muchos años después decidí vivir con una mujer que tenía fecha definida para ser madre. Cada vez que hablábamos del asunto yo oía una advertencia: “no paso de los 35 años sin conseguirlo”. Y cada vez me parecía una advertencia prematura, siempre había asuntos por resolver, no era algo de lo que debía huir inmediatamente.

El tema de los hijos reaparecía de tanto en tanto. Natalia repetía lo de la edad y yo la evadía diciéndole que podía imaginarme mi vida sin hijos. “Contigo o sin ti”, me decía. No le protestaba, estaba en su derecho. Poco después de su cumpleaños 36 le dije que no me preguntara más, que si quería tener hijos tomara ella la decisión y yo aceptaría lo que viniera.

\*\*\*

Ha pasado un poco más de 48 horas desde el nacimiento de Lorenzo y Natalia ha llorado dos veces. En dos días se le han derrumbado los dos principales propósitos que tenía con su primer hijo, en los que confiaba la salud de la criatura y un vínculo fuerte con ella. Yo apenas atinaba a ser un observador sin mucho por decir. Se me iba el tiempo pensando si también debía establecer un vínculo.

Natalia no sabía si le salía suficiente leche y sentía el llanto del bebé encajado en el útero, todavía expandido y hueco, como un grito de ultratumba. Se imaginaba que cada minuto que pasaba era para Lorenzo como una hambruna irlandesa, de esas que inspiraron *Una modesta proposición* o *Las cenizas de Ángela*.

Lo que para ella era razón suficiente para derramar sus lágrimas, entregarse a la angustia y a la tristeza, para mí no era más que un incómodo apremio de dos días. Dudaba que fuéramos capaces de matar de hambre a Lorenzo en tan corto tiempo.

Al final del embarazo, después de la última ecografía –tomada en un consultorio que parecía la sala de control de un submarino, con un médico sentado en una especie de consola capaz de hacerte sentir el ruido del paso de la sangre por las arterias, medir el perímetro cefálico y calcular la capacidad pulmonar–, el ginecólogo nos dijo que en el parto Natalia podía desgarrarse.

La consola predijo que el bebé podría pesar más de 3.600 g y todavía le quedaban dos o tres semanas para seguir creciendo. Más de lo que Natalia podía soportar. Antes de nacer, Lorenzo era una

pequeña marmota que podía lastimar a su madre, 48 horas después era posible que estuviera muriendo de hambre.

Finalmente, el cuerpo de Natalia, quizás más precavido que ella misma, detuvo las contracciones cuando estaba en siete cm de dilatación –le quedaban tres para iniciar la etapa expulsiva– y la pequeña marmota, tal vez asustada, decidió cagarse dentro del útero, un acto que se nombra con una palabra como de reino antiguo: meconio, y que en algunos casos se asocia con sufrimiento fetal. Entonces la ginecóloga sentenció: cesárea.

El primer propósito de Natalia, tener un parto natural, quedó hecho ruinas: sin dilatación y *meconiado* –así se dice.

No quería pensar en las horas que pasó en los cursos preparatorios del parto; ni en las asesorías que pagó a una experta *doula*, especie de partera entrenada en técnicas ancestrales; ni en los dibujos que hizo en cartulinas y cargó hasta el hospital para que guiaran los pasos que debía seguir: respirar como si llenara y vaciara una vasija ubicada en la pelvis, recibir masajes en la espalda para distraer el dolor, caminar pensando que atravesaba un laberinto; ni en las diez horas de contracciones que aguantó como Gandhi en resistencia civil.

Yo no lograba identificar mis sentimientos. Durante el parto estuve más preocupado por tomar fotos, grabar un video, hacer sonar el CD con la música que le poníamos durante el embarazo, contarle a Natalia que iba bien, asegurarme de que se lo pusieran al lado una vez terminaran de pesarlo, limpiarlo, inyectarlo y vestirlo... Todo eso sin dejar de mirar el vientre abierto de Natalia, en el que la ginecóloga trabajaba, y su expresión entre asustada e impaciente. No lloré cuando la enfermera me entregó el bebé; el corazón no se me desbocó.

Empezaba a darme cuenta de que si existía una manera para que un padre estableciera un primer vínculo con un hijo, en mi caso podría ser una meramente operativa. Un amigo me había dicho que tener un hijo era estrenar medio corazón; otro que era la única razón por la que se haría matar sin pensarlo dos veces... Y entonces, además del vínculo, en esas primeras 48 horas, me pregunté: “¿Cuándo empieza uno a querer a su hijo?”, y miraba a Natalia y me parecía que iba a llorar.

El primer pediatra que nos visitó en la habitación del hospital donde pasamos la noche –Lorenzo nació a las 9 p.m.– trató de tranquilizarnos.

—Los primeros días los bebés maman a voluntad —dijo.

—¿Las veces que les da la gana? —dije.

—¿Cómo sé que está lleno? —dijo Natalia.

—Difícil —dijo el pediatra.

He ahí el problema. Si Lorenzo fuera un renacuajo, uno podría ver el nivel de leche a través de su piel, pero los humanos son impenetrables desde que nacen. A la madrugada del segundo día, después de larguísima minutos de gritos de Lorenzo y del primer llanto de Natalia, el segundo propósito, que era alimentarlo exclusivamente con leche materna, también fracasó: fue el momento del primer tetero.

Fiel hija de esta tierra que aloja la Liga de la Leche y sus fanáticos –en la que hay niñas que paren sin todavía tener tetas y mujeres con tetas infladas de silicona que no amamantan–, Natalia quería alimentar a Lorenzo exclusivamente con leche materna –¿tengo que decirlo?, no fui a la clase de lactancia del curso prenatal–. Pero el llanto de la madre y los gritos secos del bebé triunfaron: se haría justicia humana, así fuera en contra de la naturaleza y sus anticuerpos. Por si todavía queda alguien que no sepa, la leche materna fortalece el sistema inmune del bebé y cuenta con logias en los cinco continentes.

La hambruna que azotaba a Lorenzo se detuvo. Parecía que al pobre muchachito, que finalmente no nació tan grande (pesó 3.345 g), lo hubieran anestesiado, dejándolo inconsciente. Chupando ese caucho antinatural del tetero cerró los ojos y durmió hasta el amanecer.

En la mañana le dimos otro. Lorenzo parecía sin alma, pero tenía la panza llena y se veía complacido.

Al mediodía vino la ginecóloga. La cicatriz de la cesárea estaba bien, el niño había sobrevivido, el padre debía andar por ahí...

—¿Y la leche? —dijo.

—No sé, no estoy segura —dijo Natalia apachurrándose un pezón.

—Muy bien, sale.

—Sí, pero...

—Tienes que pegarlo para que te estimule.

—No lo despego ni un minuto, pero no para de llorar.

—¿Durmió bien?

—Mmmmm... —Natalia se resistía a confesar—. Le tuvimos que dar tetero.

—¿Tetero?! —dijo la ginecóloga con cara de no saber nada de hambrunas ni de Swift ni de McCourt.

Natalia, regañada, no fue capaz de explicarle que no soportaba la idea de que su bebé muriera lentamente pegado a su pezón, como un huérfano abandonado en un invierno, como una vendedora de cerillas o de rosas que sueña con su abuela. Prefirió callar y reconoció su culpa; reconocimos nuestra culpa, pues fui yo el abanderado del tetero.

“¡Cuidado, doctora!”, pensé. Me estaba convirtiendo en un padre con una causa. Y establecería mi primer vínculo envasado y con fórmula química. Pero ese día, temerosos de traicionar a esta patria lechera, prematura e inflada, le prometimos a la ginecóloga que en adelante solo le daríamos leche materna, aunque eso significara que el vínculo





—Ajá...  
Llanto vigoroso, tenía, no había duda. Si comiera gritos, Lorenzo no pasaría hambre nunca. Con lo del vínculo lo que me preocupaba no era tanto su establecimiento, sino todo lo contrario: cómo harían madre e hijo para destetarse después. Pero la confianza básica me desubicó.

—No tiene misterio —dijo el amigo—. Lo importante es que el niño sepa que no está solo, que sus reclamos serán atendidos.

“Ah, bueno. No importa que se esté desnutriendo mientras grite como un torturado, con toda la confianza básica de un moribundo rodeado por sus familiares”, pensé.

A los cinco días del nacimiento fuimos a ver al pediatra. Cuando lo puso en la báscula vimos que Lorenzo pesaba 600 g menos: había perdido mucho más del diez por ciento de su peso, que es lo normal para la primera semana de vida.

—No pasa nada. Va a necesitar que lo reforcemos.

—¿Reforcemos? ¿Con leche de tarro? —dije.

—Así es. A la madre no le está saliendo suficiente leche.

Fue cuando Natalia lloró por segunda vez. El pediatra le preguntó qué era lo que más le angustiaba, pero ella no respondió. Recordó la cirugía de reducción mamaria que se había hecho cuando era adolescente y las advertencias sobre las consecuencias que podía tener al momento de amamantar...

—Le vamos a dar una onza de leche, y para la madre una cita con una psiquiatra.

—¿Psiquiatra? —dije y la miré. Ella asintió con la cabeza.

—Puede que no sea nada, pero es mejor descartar una depresión.

Hasta ese momento, lo que habíamos planeado había salido al revés: lo que nos habían recomendado, lo que habíamos leído, sucedía de forma incoherente e imprevista. Lorenzo se abría paso a su manera.

\*\*\*

Por esos días tuve que hacer un viaje. Entonces tuve una primera impresión de lo que uno puede sentir por un hijo: me entristeció pensar que si me pasaba algo no volvería a verlo.

A mi regreso tuve algunas cosas claras. Pasado un mes del nacimiento de Lorenzo descubrí que no hay nada como un tetero para que una madre recupere su confianza básica y un padre establezca algún tipo de vínculo, aunque el bebé lo vea como una figura extraña que le mete a la boca algo que parece un pezón y sabe como a leche.

Lorenzo escapó a la hambruna con 1.200 g más de peso y siguió exhibiendo su vigoroso llanto. Cada vez que se despierta parece como si regresara de una anestesia general, como si recordara lo que sintió cuando las manos de la ginecóloga lo sacaron del vientre de su madre.

Algunos expertos dicen que en el recuerdo del parto se puede encontrar la explicación a muchos traumas adultos; dicen también que el bebé que nace por cesárea se pierde del extremo placer que significa el parto natural y conserva solo la memoria de la parte dolorosa, y por eso serán seres en constante búsqueda de afecto.

Quizás en un futuro estas palabras le ayuden a Lorenzo a recordar lo que tenga que recordar, y espero que en el camino haya encontrado el afecto que necesitaba.

Puedo decirle que durante su primer mes de vida no era la marmotica que vaticinó la consola de la ecografía; parecía más bien un sapito barrigón, con las piernas y los brazos abiertos, que chapaleaba y se sumergía en una vida normal, con sabor a caucho y a leche de tarro... pero normal. ☺

entre Lorenzo y Natalia sería una soldadura de pezones y encías. A cada mínimo intento de llanto, la más leve mueca, Natalia lo pegaba. Se pasaba el día con el niño acechando su pecho.

Lorenzo parecía un zombi buscando carne que comer, con los bracitos en ele como una *mantis religiosa* lista para cazar. Apenas sentía el pecho de Natalia clavaba la cabeza como un pájaro carpintero. A ella le parecía que sus tetas tenían oídos, pues al primer grito del bebé sentía cosquilleos en los pezones.

Nos preguntábamos si era normal que pasara cuatro horas pegado, pues Natalia apenas alcanzaba a medio bañarse y a medio cepillarse los dientes y Lorenzo se desgarraba la garganta, con la cara enrojecida y el frenillo de la lengua vibrando como el filamento de una bombilla a punto de estallar. Y nos pusimos de acuerdo temporalmente: era la manera de evitar que Lorenzo muriera de hambre y de estimular la producción de leche.

“A voluntad, a lovuntad, a tadvoltu”, retumbaban en mi cabeza las palabras del pediatra. Para no enloquecer, a cualquier gesto de Lorenzo le suplicaba a Natalia que no se olvidara de “establecer el vínculo”.

Un amigo médico vino a visitarnos y nos dijo que sí, que era normal que quisiera estar pegado todo el tiempo.

—Lo que deben fortalecer es la confianza básica.

—¿Confianza básica? —dije.

—Además del vínculo, un bebé debe tener un llanto vigoroso y ganar confianza básica.



## Caído del zarzo

Elkin Obregón S.

# MUNDOS PARALELOS

**E**n 1942 Philip Van Doren Stern escribió un cuento, *The greatest gift*, lo imprimió en tarjetas y envió copias a doscientas personas. Una de esas copias llegó a manos del director Frank Capra, quien, fascinado por el tema, lo convirtió en su película *Qué bello es vivir* (1946), con James Stewart, Donna Reed, y un maravilloso Henry Travers, el mejor ángel en toda la historia del cine. La película es aún hoy un clásico navideño, y se emite año tras año en algún canal apropiado para el caso. La cinta, un tanto edulcorada, nos sugiere llorar, sugerencia que yo acepto todas las navidades; pero más allá de esto hay allí un inquietante resquicio para asomarse al mundo (no me deja mentir Juan Viloro), que trasciende el film, y siempre nos asombra. No insisto en la trama, de todos conocida; pero habla de mundos paralelos, que era lo que se quería demostrar.

Volviendo a la literatura (aunque el cine también es literatura), es obligado mencionar *Alicia a través del espejo*, *Las crónicas de Narnia*, y hasta, qué le vamos a hacer, Harry Potter. También, creo, el bello relato *La puerta en el muro*, de H. G. Wells, y, tal vez, de un modo sesgado, *El gran Meaulnes*, de Alain Fournier, una especie de novela-culto para muchos lectores, empezando por José María Valverde, su traductor al español. Pero yo me quedaría con un cuento de Adolfo Bioy Casares, *La trama celeste*, porque es, exacta y rigurosamente, una historia sobre mundos paralelos. No puedo avanzar una línea más en la trama, para no quitarle a mi único lector el goce de leerla, si no la conoce. De ser así, lo invito a que pregunte por el libro en nuestras librerías de nuevo, aunque no creo que lo encuentre. Pero quizás la mejor opción es que se pase primero por Palinuro, que de algún modo es también un mundo paralelo.

## CODA

Alfredo di Stefano, 86 años, se va a casar con una dama de 36. Los hijos del crack se oponen, como suele ocurrir en estos casos, pero él ha dicho que eso lo tiene sin cuidado; se casa, y punto. Final feliz. El episodio me hace pensar en Goethe, quien, también octogenario, se apasionó por una nínfula de 17. Creo que aquello ocurrió en Baden Baden. Cerrando los ojos, la pidió en matrimonio, y tanto ella como sus padres lo enviaron al lugar adecuado.

Comparando las dos historias, es claro que me quedo con la segunda, porque es la bella historia de un amor imposible. Algunos dicen que no todos lo son. Pero no me consta. ☺

Hace unos días la prensa barranquillera relató el caso de Rosalinda, una travesti capturada bajo cargos de secuestro, extorsión y tortura. Los reporteros no resistieron la tentación de decir que Geovanni Alberto Lambráño se escondía bajo el disfraz de Rosalinda para evadir la justicia. En 1912 la revista Progreso reseñó el caso de Rosa Emilia Restrepo, quien supuestamente robaba como empleada en el día para beber como varón en las noches. A pesar del progreso, periódicos y noticieros no han cambiado mucho su versión sobre las travestis.

## El caso Rosa Emilia

**L**a policía descubre a un hombre que viste traje de mujer. Por sus facciones, modales, voz, es casi imposible distinguir el sexo masculino. Tenía aviso la policía de que una mujer que parecía hombre, se colocaba como sirvienta en casas de esta ciudad y después desaparecía, recayendo sobre ella algunas sospechas. Ayer por la mañana se la capturó y fue conducida a la comandancia, donde examinada por los médicos oficiales fue reconocida como varón. Al interrogarla dijo llamarse Rosa Emilia Restrepo y protestó no ponerse el vestido que corresponde a su sexo, porque su madre siempre la vistió como mujer, desde niña. El detenido tiene facciones finas; es blanco, imberbe, usa cabello como de mujer, pelo recortado y dijo ser de Entrerriós. Cuando hubo entrado a la cárcel, se le condujo a una pieza, donde se le quitó el vestido de aldeana y se le dieron unas prendas de vestir de hombre que él rechazó.

Tomado de la revista Progreso, 1912. UC



Mujer/Hombre  
Fotógrafo: Benjamín de la Calle  
Personaje: Rosa Emilia Restrepo o Roberto Durán  
Año: 1912  
Archivo BPP



Mujer/Hombre  
Fotógrafo: Benjamín de la Calle  
Personaje: Rosa Emilia Restrepo o Roberto Durán  
Año: 1912  
Archivo BPP

Agradecemos a la Biblioteca Pública Piloto por abrir su archivo fotográfico para mostrar algunas imágenes dignas de pie de foto.

CICLO MENTE,  
el Mundo adentro

parque  
**explora**  
MEDELLÍN

# Las neurociencias y los mecanismos del **MIEDO**

*"En la sociedad industrial el gran  
conflicto era: «tengo hambre».*

*En las sociedades actuales:  
«tengo miedo»"*

*Beriain Razquin*

Invitado:

**Fernando  
Cárdenas,**

MSc - PhD en neurociencia del  
comportamiento (Universidade de  
São Paulo), investigador del Laboratorio  
de Neurociencia y Comportamiento del Dpto  
de Psicología de la U. de los Andes, Bogotá.

**Jueves 30  
de mayo  
de 2013  
6:30 pm**

Parque Explora, nuevos auditorios  
Entrada libre / Cupo limitado



Conferencias Parque Explora Medellín



Alcaldía de Medellín

Hace 15 años el Estado colombiano tuvo la oportunidad de darle un fuerte golpe al paramilitarismo. El allanamiento de un parqueadero en Medellín entregó la planilla completa de los paracos: sueldos, préstamos, cuentas por cobrar y otras señales particulares. El saldo definitivo fue a favor de los asesinos: tres investigadores pagaron con su vida la suerte del hallazgo. Iván Velásquez, magistrado que lideró las investigaciones de la parapolítica, era fiscal regional durante el operativo. Aquí están sus ingratos recuerdos.

## EL PARAQUEADERO PADILLA



En homenaje a Sergio Humberto Parra, Jorge Fernández y Diego Arcila, investigadores del CTI asesinados en Medellín entre 1998 y 1999.

por IVÁN VELÁSQUEZ

Ilustración: Elizabeth Builes

**E**n octubre de 1997 se produjo un revolcón en los cuadros directivos de la Fiscalía en Medellín. Los crecientes rumores sobre la connivencia de algunos fiscales con el paramilitarismo alentaron la movida. A la unidad del Cuerpo Técnico de Investigaciones fue enviado un curtido funcionario que se desempeñaba como fiscal en Bogotá, Gregorio Oviedo Oviedo; y a mí, que para entonces ocupaba el cargo de magistrado auxiliar en el Consejo de Estado, se me nombró en la regional de Medellín. La prioridad, me dijo el Fiscal General durante la posesión, era impulsar las investigaciones contra los paracos, y en esa tarea contaría con el total respaldo de los directivos nacionales.

Era la época de expansión del paramilitarismo y del auge de las Convivir, cuya creación se promovía desde el propio despacho de la gobernación de Antioquia con Álvaro Uribe y Pedro Juan Moreno a la cabeza.

Oviedo y yo conformamos rápidamente un buen equipo de fiscales e investigadores, al que se sumó pocos meses después el doctor J. Guillermo Escobar Mejía, quien asumió como jefe de la unidad de fiscales regionales encargada de ese tipo de investigaciones; él era el faro de la ruta. A la unidad de narcotráfico se incorporó el incorruptible juez Laureano Colmenares Camargo. A ambos los conocía desde mis tiempos de empleado judicial, y con el primero los lazos se estrecharon cuando logré convencerlo de que fuera mi director de tesis en la Universidad de Antioquia.

Esas dos figuras de la judicatura en el nivel directivo de la fiscalía regional de Medellín me brindaban una gran tranquilidad, por el manejo adecuado que asumirían de sus unidades; además, era un clarísimo mensaje para la comunidad jurídica y los propios funcionarios, incluidos los miembros del CTI, acerca de la orientación que tendría nuestra gestión en la fiscalía regional, que para entonces no gozaba de muy buen nombre debido a los rumores de corrupción que llegaban hasta la capital. Pocos días después de mi llegada a la dirección fueron destituidos casi dos decenas de fiscales, a quienes, según supe, se les reprochaba participación directa en “torcidos” o colaboración con corruptos.

Mirando la historia con la distancia que da el tiempo, creo que el mensaje llegó a muchos sectores, y en particular a un grupo de investigadores del CTI que vivían en medio de la zozobra, el temor

y la desesperanza, pues ya sabían de las andanzas de Carlos Mario Aguilar, quien más tarde se conocería con el alias de ‘Rogelio’, un hombre que logró penetrar el CTI merced a las generosas dádivas que entregaba a sus ex compañeros. A su propósito también ayudó la asombrosa pasividad del Director Nacional del CTI en ese momento, que había sido alertado por otros funcionarios de la institución, antes y después del homicidio de Manuel López, jefe de la Sección de Información y Análisis –SIA–, cometido en 1997 por sicarios de adentro y de afuera, pocos meses antes de que Oviedo y yo nos posesionáramos.

Jorge Fernández y Diego Arcila necesitaban en quien creer. El primero, si mal no recuerdo, había reemplazado al sacrificado jefe de la SIA, y el segundo acababa de regresar a la ciudad después de un “exilio” en el Búnker de Bogotá y dirigía la Sala Técnica, el centro de interceptaciones del CTI en Medellín. Necesitaban en quien creer y nos encontraron a Oviedo y a mí.

La confianza de Jorge y Diego generó la de sus cercanos en el CTI y, por ese efecto que solo entendemos bien los que nos hemos dedicado a la investigación criminal, también la de sus fuentes, aunque no tuvieran, en general, contacto con Oviedo y conmigo.

Miembros de las Convivir desencantados de la organización o desengañados porque conocieron su real esencia, integrantes de “combos” convertidos en informantes, personas de las comunidades golpeadas por la delincuencia, víctimas de paramilitares, guerrilla, bandas o milicias, se fueron acercando o mantuvieron sus lazos, ahora fortalecidos, con los investigadores. La abundante información era procesada por los analistas del CTI y compartida con los fiscales regionales. Estábamos en el mejor momento del “optimismo funcional”, ese sentimiento renovador que nos hace creer que es posible acabar con la impunidad, y ni siquiera el doloroso asesinato de Jesús María Valle en febrero de 1998 –“un manotazo duro, un golpe helado, un hachazo invisible y homicida, un empujón brutal te ha derribado”– nos amilanó ni frenó el impulso casi frenético que teníamos.

En esas estábamos cuando recibimos un dato: el número telefónico de un mando medio de las ACCU que por aquellos días había sufrido la fractura de una pierna y dedicó su incapacidad, en su casa en Bello, a largas y reveladoras conversaciones con miembros de su organización. Hablaba a sus anchas, con total

desparpajo, sin saber que era escuchado en tiempo real por un analista del CTI en la sala técnica que dirigía Diego Arcila; esa inmediatez permitió, en varias oportunidades, frustrar acciones planeadas por el grupo armado.

Fue así como se supo que en la mañana del 30 de abril de 1998 un camión repleto de uniformes camuflados se desplazaría desde Medellín hacia Sopetrán, en el occidente de Antioquia, donde operaba un bloque comandado por alias 'Memín'. Un grupo de investigadores enviado por Oviedo y liderado por Sergio Humberto Parra interceptó el camión en cercanías de San Jerónimo y obtuvo la dirección desde donde supuestamente había salido el cargamento, lo que permitía pensar que allí funcionaba la fábrica; la nomenclatura señalaba un parqueadero situado a menos de quinientos metros de La Alpujarra, sede de la Fiscalía Regional y centro administrativo del departamento y la ciudad.

De inmediato Gregorio Oviedo organizó el operativo. Llegaron a un parqueadero común, nada revelador. Superado el desconcierto inicial, alguien observó una especie de ramada a un costado del lote, un segundo piso al que subieron apresuradamente Oviedo y sus hombres. Allí, frente a un escritorio y acompañado de dos secretarías, Jacinto Alberto Soto Toro, alias 'Lucas', engullía papeles para destruir evidencias al tiempo que, ayudado por una de sus "mecnógrafas", destrozaba disquetes con desespero. "Queda usted detenido", le dijo directamente Gregorio Oviedo.

Fueron decomisados decenas de disquetes, dos libros de contabilidad y documentos bancarios: un verdadero tesoro que revelaba la estructura íntegra de las ACCU, sus finanzas y quienes las aportaban, cuadros de nómina discriminados por escuadras, los alias de sus integrantes, incluido el del respectivo jefe, la identificación del grupo, la semana a la que correspondía el pago y su valor, las retenciones de sueldo por préstamos o para fondos comunes, etc.

Ese mismo día, al caer la tarde, Oviedo fue a mi despacho y me dio un completo reporte del operativo. Desde mi oficina, ubicada en el piso 21 del edificio José Félix de Restrepo, con ventanas a la calle San Juan, me señaló el Parqueadero Padilla. ¿Quién podría imaginar siquiera que a pocos metros de la Fiscalía Regional estuviera funcionando el centro de contabilidad de las ACCU?

Durante toda la mañana del 1 de mayo un equipo de investigadores y fiscales se dedicó a la revisión de los documentos contables, a decretar el embargo de centenares de cuentas y a elaborar los oficios correspondientes, que fueron entregados a primera hora del día siguiente en las entidades bancarias. Luego se examinaría la legalidad de cada uno de esos depósitos, por el momento había que impedir que las autodefensas recuperaran el dinero.

Menos de dos meses después, el 10 de junio de 1998 al final del día, Sergio Humberto Parra fue asesinado a tiros de fusil en

inmediaciones del Cementerio San Pedro en Medellín, cuando iba para su casa en Bello.

A mediados de septiembre el Fiscal General Alfonso Gómez Méndez dispuso el traslado del proceso para la Fiscalía Regional de Bogotá, cuya dirección estaba a cargo de Antonio José Serrano, un hombre de su absoluta confianza, según me dijo telefónicamente un mes después, cuando me llamó a recriminarme porque el fiscal del caso no había remitido una caja de documentación relacionada con el desembargo de algunas cuentas. Ese era el respaldo que ofrecía el Fiscal General en la lucha contra el paramilitarismo.

La reasignación del proceso fue aprovechada por las autodefensas para falsificar el oficio secretarial que dejaba a 'Lucas' a disposición de la dirección de fiscalías en Bogotá; en su lugar elaboraron un oficio que lo ponía a órdenes de un fiscal seccional de Medellín, quien le concedió de inmediato la libertad y personalmente confirmó la decisión a las autoridades carcelarias. Así salió de la cárcel Bellavista Jacinto Alberto Soto Toro, por la puerta principal, el 30 de septiembre de 1998. Posteriormente el Tribunal Superior de Medellín absolvería al fiscal Jhonny López Patiño, como se llamaba el corrupto que le entregó la boleta de libertad, quien finalmente fue condenado por la Corte Suprema de Justicia el 29 de enero de 2004. La fuga, según me contó Ever Veloza, alias 'HH', antes de ser extraditado, costó unos 800 millones de pesos.

¿Y la investigación? Ah, pues nada. Parece que se hubiera reasignado a la Regional de Bogotá para frenarla. Apenas en mayo de 2001, un mes antes de la renuncia de Gómez Méndez, reemplazado en calidad de encargado por un hombre de su plena confianza, Pablo Elías González, se realizó el allanamiento a Funpazcor, entidad que aparecía vinculada al paramilitarismo en los papeles encontrados en el Parqueadero Padilla tres años antes. En los documentos se repetía constantemente el nombre de Sor Teresa Gómez, hoy condenada por el homicidio de Yolanda Izquierdo.

Es verdad que en la administración de Luis Camilo Osorio el expediente se devolvió a Medellín para que le dieran sepultura. Pero en realidad falleció en manos de Alfonso Gómez Méndez, quien todavía no ha explicado por qué, si la reasignación que se ordenó para impulsar el proceso desde la capital tenía fecha de septiembre de 1998, apenas en mayo de 2001 se logró el ingreso a las oficinas de las autodefensas en Montería, identificadas casi treinta meses antes.

Que el paramilitarismo se pasee tranquilo por la Fiscalía de Luis Camilo Osorio parece ser un hecho irrefutable. Pero que la principal responsabilidad por la impunidad en el caso del Parqueadero Padilla, conocido en Bogotá como el caso Funpazcor, es de Alfonso Gómez Méndez, no admite discusión ¿Cuánta sangre le costó al país esa impunidad? ¿Cuánta impunidad ha generado esa impunidad? ●

Casa del Teatro y Tacita'e Plata  
estrenan  
**GATILLO**

Autor y Actor: Fernando Zapata  
Director: Gilberto Martínez

Del 6 al 22 de junio de 2013  
De jueves a sábado, 7:00 pm  
Salas abiertas miércoles 26 de junio

Calle 59 50A 25 Prado Centro  
Info: 254 0397 - 291 2326  
www.casadelteatro.org.co

El verdadero sabor de Perú y México

**Lupita**  
peruana - mexicana

**Menú Ejecutivo**

Disfruta de exquisitas especialidades Peruanas y Mexicanas con la mejor programación en el centro de la ciudad

Vive una excelente programación Cultural

**MÚSICA EN VIVO**

**DOMICILIOS 218 27 41**

(Giratorio entre Ba. Playa y Mercadería)  
**Carrera 43 N. 52-40**

**DR. GUSTAVO AGUIRRE**  
OFTALMÓLOGO CIRUJANO U DE A.

**CIRUGÍA CON LÁSER**

**Clínica SOMA**  
Calle 51 No. 45-93 • Tel: 513 84 63 - 576 84 00



por LUIS ALBERTO ARANGO P.

**M**e inicié como disquero en 1979. Mi bautizo fue un *tour* por la fábrica donde se hacían los discos de acetato. Polivinilo, PVC, era la materia prima esencial que llegaba en empaques similares a bolsas de cemento. Uno no imaginaba que después de su paso por unas tolvas como embudos y del proceso de derretimiento se convertiría en una torta blanda, y, luego de catorce segundos, en una preciosa hostia negra de treinta centímetros llamada disco.

Entre mis recuerdos la fábrica merece una especial atención por su magia y sus historias con banda sonora. Era un centro de ilusionismo, de sorpresas, una punción a la curiosidad. Sobre todo porque, como sucede con el cine y la fotografía, esos procesos (el movimiento, la imagen, la voz, la música) no eran fácilmente explicables a las mentes corrientes. ¿Cómo diablos se metían voces y letras en ese disco lleno de surcos? ¿Cómo era posible que luego de catorce segundos esa pasta blanda pudiera convertirse, con la ayuda de una aguja de diamante, en las obras de Beethoven o las canciones del Grupo ABBA?

Haber trabajado durante casi veinte años en el gremio disquero es tener en el mismo baúl un pregrado, una maestría y un doctorado en recuerdos: melodías, artistas, situaciones; un pedazo de gloria que viaja en el papel pautado de la música.

Una crónica de la industria disquera, tal como la conocimos las generaciones que sobrepasamos el sexto piso, podría empezar así:

Había una vez un sitio aparentemente insospechado en cada fábrica de discos; un recinto casi sagrado, serio, refrigerado y silencioso, que llamábamos La Cava. Así como suena. Una señora caja de caudales, dado el valor de las cosas que contenía: el patrimonio musical, las cintas que consignaban el paso del tiempo sonoro; en términos actuales, el disco duro. Grabaciones que incluso nunca salieron a la luz pública, surcos que reposaban gimiendo desde la entraña de una caja de cartón.

Desde aquella cava podríamos reconstruir, en la eventualidad de una tragedia, todo el catálogo circulante, un

lenguaje vocal e instrumental. La parte nutricia está garantizada. Daríamos vida nuevamente a esa pléyade de artistas, y de pronto con sorpresas adicionales, pues parece una deliciosa aventura remover el tiempo detenido, jugar a la nostalgia y hacer combinaciones. Hubo una disquera rival que, en previsión de amenazas contra sus dueños o de un incendio criminal, duplicó todo su archivo y lo envió a una ciudad norteamericana para sentirse asegurada.

En esa galería que es la memoria desfilan músicos, cantantes, técnicos, clientes, procesos, dramas, jolgorios, llanto, todo el mosaico vital.

“Tú sabes a qué hora entras, pero no sabes cuál es la hora de salida”, me dijo quien sería mi jefe en la entrevista de ingreso. Y en el momento siguiente lo comprobé. Si en algún lugar de trabajo se notaba lo vertiginoso, era en una casa disquera. El valor de “pegar primero” era superlativo en todas las áreas.

Ingresar allí en aquella década del ochenta era obtener el pasaporte a un manicomio musical, donde sonaba algo distinto en cada oficina y artistas de todos los géneros deambulaban por la fábrica.

“Lo que uno graba es eterno”, me dijo Alexis Lozano como una sentencia, por allá en 1986, hablando de la creación de Guayacán Orquesta, recién separado del Grupo Niche, seguramente confirmando, sin proponérselo, el que se ha reconocido como el primer aforismo de Hipócrates: “El arte es largo, la vida breve”.

Pero no eran breves para Rocío Dúrcal las noches de bohemia luego de sus presentaciones públicas o privadas, cuyo remate mañanero preferido, a manera de desayuno, era un *Dry Martini* con huevo, una combinación digna de chefs moleculares. Las excentricidades, en grande o en pequeño, son como tatuajes para la memoria.

Cómo no recordar que lo primero que hacía Helenita Vargas al entrar al estudio de grabación –un extraño recinto vedado a legos– era quitarse los zapatos y permanecer así durante toda la sesión para poder calentar su espíritu y afilar la ronquera que la hizo célebre.

Y hubo otra cantante, famosa y bella, de cuyo nombre no debo acordarme, que

hacía sensual dejación de su *panty* para los efectos de grabación. “Me inspira, me hace entrar como en levitación”, decía.

Ni qué decir de las locuras de Alfredo Gutiérrez, el tres veces rey vallenato, quien era capaz de subirse al escritorio de un ejecutivo de su disquera de turno para promocionar su última composición.

Las grabaciones de Lisandro Meza, el bullanguero compositor de música tropical, eran una fiesta: se instalaba durante una semana en el estudio de grabación, con su amiga de turno y buena provisión de whisky, a desgarrar lo que serían apabullantes éxitos. Todavía recuerdo el adhesivo, distribuido por miles en la ciudad, con el nombre de su tema inolvidable, *Estás pillao*.

Pero no todo eran excentricidades. Otra cosa fue conocer personalmente a Lucho Bermúdez –tan sobrio–, nuestro preclaro compositor y clarinetista, director de la más famosa orquesta de músicaailable durante décadas. En ese momento, cuando estar cerca de ese personaje era una quimera, la empresa de electrodomésticos J. Glottmann logró que viniera a Medellín para contar y dejar grabado, antes de cada surco, cómo y por qué había compuesto cada canción del disco que dicha empresa regalaría en diciembre de 1979.

También fue una magnífica experiencia y un honor, cuando vino a Medellín por allá en 1984, poder atender durante varios días al compositor e intérprete cubano César Portillo de la Luz, uno de los creadores del *feeling*, quien vino acompañado de José

Antonio Méndez, autor del emblemático bolero *Contigo en la distancia*. Esperábamos a un irredento bohemio, pero nos encontramos a un juicioso profesional, buen tomador de café, de escasas pero atinadas palabras y con un dominio superlativo de la armonía guitarrística. “¿Quiere un trago de ron, señor César?”. “No, gracias. Con un buen café basta”.

José José, en cambio, un hombre de aspecto plácido y equilibrado, en nutrida pero privada rueda de prensa no solo habló de sus nuevas canciones, sino también de sus adicciones y de cómo había logrado la sobriedad. La procesión iba por dentro.

Dos recuerdos más desembocan en la memoria como colofón:

Uno, Miguel Caputi, un técnico de sonido sin título universitario conocido, quien estaba al frente de cuanto aparato con cables o sin ellos se habilitara para que no cesara la producción. Era idóneo, agudo y premonitorio. Cuando el *compact disc* era una rareza dijo que tenía un punto de saturación auditiva, y veintisiete años después el mundo del disco quiere regresar al acetato.

Dos, al fondo de un largo corredor, en la casa disquera donde había trabajado, la visión terrorífica de unas enormes canecas colmadas de lo que llamábamos cintas matrices, extraídas de aquella cava que cité al principio, ardiendo como herejes sin juicio ninguno, con el estúpido pretexto de desocupar un espacio y justificar un traslado a otra ciudad. UC





# LA RONDA DEL PONTIAC

por DORA LUZ ECHEVERRÍA RAMÍREZ

Ilustración: Alejandra Congote

**E**l Pontiac 48, un automático blanco y azul, tenía mi edad: diecinueve años. Recién salida del Marymount, y estudiando arquitectura en la Nacional, supongo que yo era una mezcla algo extraña: bohemia y abstinencia a la vez, estrenaba un amor todavía impubescible pero conocido, patrocinado y ocultado por los más amigos, y estaba abierta a todo lo nuevo que pudiera traer la vida, como recorrer la ciudad a medianoche buscando tangos insospechados en lugares sospechosos.

Sin licencia para conducir ni intenciones de aprender a hacerlo, resulté de pronto, una noche en la que no había nadie lo suficientemente sobrio como para manejar el Pontiac, elegida por Óscar Hernández, el poeta dueño del carro, como conductora oficial; ante la negativa de mis ojos aterrados –no sabía manejar, no conocía la ciudad ni el lugar donde estábamos, no sabía para dónde íbamos–, me entregó las llaves tranquilamente diciendo: “si sos capaz de manejar al ‘Viejo’, sos capaz de manejar cualquier cosa. Además, el Pontiac es automático”.

Con esa prueba de confianza absoluta no pude más que coger las llaves, prender el carro y arrancar rumbo a Sabaneta, siguiendo las indicaciones confusas de Byron, nuestro otro cómplice nocturno, intérprete de las todavía más enredadas señales de Óscar.

‘El Viejo’ era Manuel, el mismo Manuel Mejía que después sería el papá de mis cuatro hijos, a quien recogíamos más tarde después de que cumplía sus compromisos con la novia oficial. Mientras tanto, el trío que conformábamos Byron, Óscar y la susodicha, ‘Papusa’, como me llamaban Óscar y Manuel medio en serio medio en broma, –“che Papusa, oí...”–, visitábamos a Enrique Restrepo en la Prendería La Confianza, o recorríamos de punta a punta el valle en el Pontiac buscando algún tango perdido. Óscar y Enrique se los sabían todos. Byron y yo empacábamos las guitarras y el cuadernito de canciones para copiar las letras y los tonos. Hoy basta con sacar el iPod, el iPhone, buscar en Youtube, etc., pero en ese entonces teníamos que hacer toda una labor detectivesca para averiguar quién

tenía tal o cual grabación, y volver a comenzar si de pronto era una pista falsa. La ventaja con Óscar y Enrique era que no solo se sabían todos los tangos sino también dónde se podían oír en cualquier rincón del Valle de Aburrá; además, recitaban de memoria la lista completa de las versiones, las orquestas, los autores, los cantantes, y la historia de cada tango. Cada mujer era un tango, cada recuerdo también.

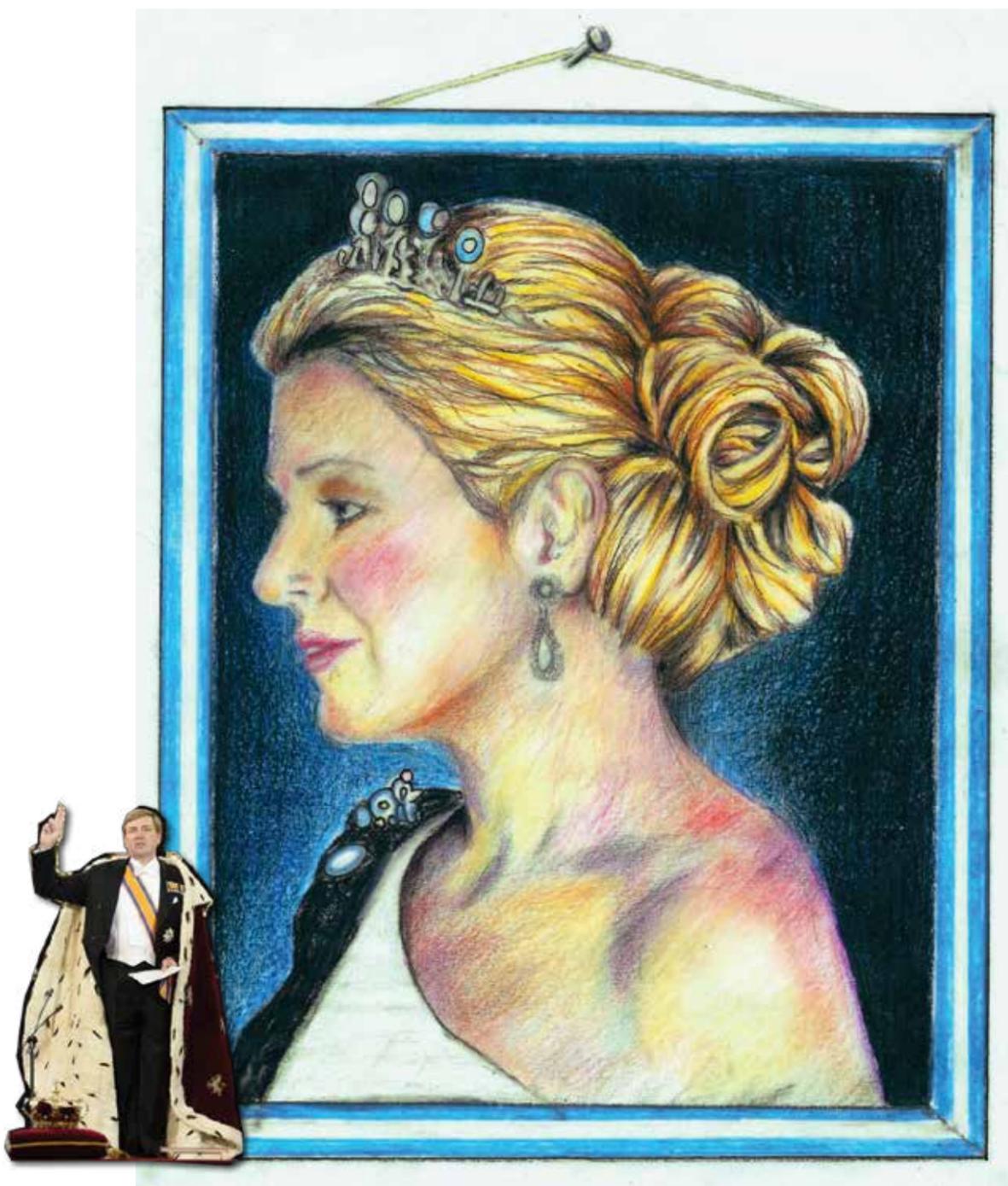
Había lugares obligados en la ronda del Pontiac: la gasolinera cercana a la Universidad de Antioquia para танquear y oír en la rocola “de cada amor que tuve tengo heridas”, si era la tristeza el ánimo de la noche; si el caso era de hambre, la carne asada de Lovaina era la mejor de Medellín y allá se podía oír “che madame que parlás en francés”; un cafecito de mala muerte a la entrada de La Estrella, “caballero del ensueño tengo pluma por espada”, otro donde no cabían más de tres mesitas en Sabaneta, el Jordán en Robledo; cada uno tenía su propio momento en la noche.

Óscar era –es– la inteligencia pura. Tenía un sentido del humor absurdo que

*“Yo también, como todos un día  
tenía dinero, amigos y hogar.  
Nunca supe que había falsía,  
que el mundo sabía también traicionar...”*

mantenía al rojo vivo aun en las peores situaciones, y encontraba una salida para todo. Pero sabía que los finales raramente eran felices, había vivido demasiado. Tal vez por eso su tango campeón era *Indiferencia*. La desesperanza absoluta y sin remedio de ese tango me golpeó la primera vez que lo oí: “Algún día te vas a dar cuenta de que la vida es así”, me dijo Óscar; casamos una pelea, pero todavía hoy, aunque cada vez que lo oigo casi lloro, me niego a creerlo: “Ilusión, hoy te busco y no estás, ilusión, no te puedo encontrar”... Oíamos *Indiferencia* donde estuviera, buscábamos *Indiferencia* en todas partes, *Indiferencia* se volvió el himno de las noches: “Y los años, pasando y pasando, me están reprochando porque no hice mal...”.

Todavía sueño con el Pontiac. Volando sobre Medellín, una Medellín mezcla de lo que fue y lo que es hoy, Óscar canta mientras yo manejo y Byron mira por la ventanilla, atento y feliz. La última vez nos encontramos a Manuel conversando con Enrique Restrepo en la esquina de La Confianza. Tal vez sonaba *Indiferencia*, tal vez no. El Pontiac siguió su vuelo, imperturbable.



por NICO VERBEEK

Ilustración: Cachorro

# HA BE MUS REY

**E**l pasado 30 de abril los holandeses estaban de fiesta. Celebraban, como todos los años, el tradicional Día de la Reina, pero este año el suceso tenía un toque especial. La reina se fue y vino el rey. La reina Beatriz, ya con 75 años auestas y 33 en el trono, decidió disfrutar de un merecido descanso y pasó el mando a su hijo mayor, el príncipe Guillermo Alejandro.

Este cambio de majestad trajo varias novedades. Por primera vez en 123 años el país tiene de nuevo un rey, luego de cuatro generaciones consecutivas de mujeres en el trono. También es la primera vez que una chica latinoamericana asume el papel de reina consorte. Son tiempos agitados para las casas reales de Europa, donde en el pasado los matrimonios eran cuidadosamente planeados por los jefes de las dinastías como un ajedrez de poder y amor donde los peones no podían coronar, pero hoy en día hasta plebeyas argentinas pueden llegar al trono.

Y hay que decir la verdad. La muchacha que se convirtió en Máxima de los Países Bajos cayó muy bien entre los súbditos de la Casa de Oranje-Nassau. Tal vez sin saberlo, Máxima cumplió una tarea importante y nada fácil: enderezar la vida de un joven aristócrata, hasta hace poco dudoso prospecto de rey de Holanda. En la época en que los dos se conocieron, a finales de los años noventa, el príncipe tenía una bien ganada fama de darse la gran vida y disfrutar de su juventud sin muchas complicaciones, en concordancia con la mejor tradición de ciertos aristócratas del pasado. La pareja se conoció en Nueva York, donde Máxima se desempeñaba como agente de inversiones en un banco, y se casaron en 2002.

Su mamá, la reina Beatriz, había mandado al joven desocupado a estudiar historia en la Universidad de Leiden, pero parece que le gustaban más la rumba y otras diversiones del ambiente estudiantil. Lo cierto es que nadie podía dar fe de que el futuro rey fuera un buen estudiante, y por alguna razón los voceros de la casa real nunca hicieron públicas las notas de sus exámenes. Lo que sí se sabe es que el hombre terminó con un diploma en sus manos, entonces algo debió haber hecho bien, o de pronto tenía buena rosca, una rosca real.

A menudo tengo que responder los cuestionamientos de mis amigos colombianos que se declaran sorprendidos al saber que Holanda, ese país tan progresista, tan democrático, tan libertino, tiene como cabeza de gobierno una reina o un rey, como si viviéramos en los oscuros años del Medioevo o del siglo XVII, cuando el rey Luis XIV, el llamado "Rey Sol", declaraba: "El Estado soy yo".

Sin embargo, estos son recuerdos de tiempos lejanos. En algunos países europeos la monarquía ha sobrevivido, pero el papel de los soberanos ha cambiado radicalmente. Muy lejos estamos de la época del "Rey Sol", y hoy en día la supervivencia de los monarcas depende del buen funcionamiento de la oficina de relaciones públicas de la casa real, y de cruzar los dedos y esperar que a ninguno de los vástagos se le ocurra meterse en algún escándalo erótico o financiero.

A la Casa Real de los Países Bajos le ha ido relativamente bien, si la comparamos con sus pares en Europa. Nada de escándalos sexuales como en Inglaterra, nada de problemas de imagen por cacerías desmesuradas como en España. Una explicación de este relativo éxito puede ser que desde 1890 los

Países Bajos han tenido únicamente mujeres en el trono. El último rey, Guillermo III, pertenecía a otra estirpe de soberanos: era un señor que aún no se resignaba a su nuevo papel de monarca constitucional, y creía que podía gobernar como cualquier rey absolutista. Peleaba con sus ministros y trataba de mantener una influencia política que a finales del siglo XIX no era bien vista. Su personalidad tampoco ayudaba. La reina Victoria de Inglaterra lo llamó "patán maleducado", y sus aventuras extramatrimoniales llevaron al *New York Times* a considerarlo el monarca más decadente de la época.

Capítulo aparte merece su hija, la reina Guillermina, que ocupó la silla real de los Países Bajos durante más de cincuenta años, el reinado más largo de un monarca holandés. Es recordada sobre todo por su papel en la Segunda Guerra Mundial (1939-1945), durante la cual inspiró a la resistencia holandesa y se convirtió en una destacada líder del gobierno exiliado en Londres. El primer ministro inglés Winston Churchill la describió como "el único hombre de verdad en los gobiernos exiliados en Londres". Guillermina se llevaba bien con Churchill, otro pilar de esa guerra que definió el futuro del mundo en el siglo XX. Como Churchill, la reina confiaba más en la fuerza de las armas que en la de las palabras, y era enemiga de la política de apaciguamiento con la que algunos pretendían enfrentar los afanes expansionistas de Adolf Hitler. Por razones similares a Guillermina nunca le gustaron organizaciones internacionales como la Sociedad de Naciones y su sucesora, la ONU, que le parecía apenas una sigla inútil.

La hija de Guillermina, Juliana, quien asumió el trono en 1948, no heredó las

capacidades mentales ni el liderazgo de su madre, pero ya no era tan importante: los tiempos habían cambiado y el poder real había disminuido. Pero su regencia no estuvo exenta de problemas. Las mayores crisis las causó su marido, el flamante y notorio príncipe Bernardo, un aristócrata alemán, quien al casarse con Juliana en 1937 probablemente se salvó de los tribunales de Núremberg, pues ya como esposo de la futura reina hizo parte de la causa aliada en contra de sus compatriotas. El nuevo bando familiar le ahorró una colección de horrores.

El matrimonio entre la reina y el príncipe atravesó épocas difíciles. Bernardo utilizaba muchos de sus viajes para celebrar fiestas y encuentros comprometedores en el exterior. Se le conocen por lo menos dos hijas ilegítimas, que no fueron confirmadas hasta después de su muerte en 2004.

El príncipe Bernardo era un personaje muy extrovertido, por decir lo menos. A menudo rompía el protocolo con comentarios políticamente incorrectos, como cualquier príncipe Carlos de Inglaterra. Sus *hobbies* e intereses estaban en la línea de los soberanos sin complejos de modernidad: la caza de grandes animales en África, los aviones de combate, los uniformes militares y las millonarias inversiones inmobiliarias.

El escándalo que casi acabó con la monarquía holandesa también fue obra de Bernardo. Los hechos ocurrieron en 1976, cuando se descubrió que el príncipe había aceptado un soborno de 1'100.000 dólares de la Lockheed Corporation, una empresa aeronáutica estadounidense, con el fin de que influyera en el gobierno holandés para la compra de aviones de combate F-104. Bernardo negó todo, pero la prensa holandesa hizo eco del escándalo aportando pruebas contundentes; además, aprovechó para sacar a relucir sus pecados de juventud como miembro las SS nazi, sus numerosas aventuras extramatrimoniales y la compra de un lujoso apartamento en París para su amante francesa.

Por órdenes del primer ministro de la época, el socialista Joop den Uyl, se adelantó una investigación oficial sobre las actividades ilícitas de Bernardo, que confirmaron el pago de "comisiones" por incentivar la compra de los aviones de Lockheed. Sin embargo, el gobierno decidió dejarlo todo en un escándalo de prensa y no quiso iniciar un proceso judicial contra él, y así fue como un primer ministro socialista salvó a la monarquía.

La hija mayor de Juliana y Bernardo, la princesa Beatrix, asumió el trono en 1980, lo que llevó a serias trifulcas en Ámsterdam cuando *okupas* (personas que ilegalmente invaden y ocupan casas sin pagar arriendo) protestaron contra la coronación de la nueva reina y la de su esposo, el alemán Claus (Nicolás) von Amsberg, con quien Beatrix se había casado en 1966.

Sin embargo, la reina Beatrix demostró ser una soberana inteligente y eficaz, y logró ganarse el aprecio de sus súbditos por el estilo empresarial con que ha manejado los asuntos de Estado, y por su talento para meter en cintura a los hijos, sobrinos y nueras de la Casa Real, al sofocar en el origen cualquier amenaza de escándalo. A la reina no le faltaron talentos como gobernante, pero también debió soportar el recorte de sus funciones políticas. De hecho, el último pedazo de poder que tenía una reina en Holanda era su influencia directa en la formación de un nuevo gobierno, pues ella misma nombraba a la persona encargada de dirigir las negociaciones en el parlamento para elegir al primer ministro. Sin embargo, en la formación del último gobierno esa función le fue silenciosamente quitada por el parlamento.

Ese es el panorama que encuentra el rey Guillermo Alejandro. No tiene poderes políticos y se enfrenta al difícil reto de dar forma a una monarquía cada vez más ceremonial y simbólica. También carga con la maldición de los miembros masculinos de la Casa Real, quienes han demostrado ser una amenaza para la estabilidad de la monarquía. La personalidad y gustos que exhibió en su juventud recuerdan más a su abuelo Bernardo que a su padre, el príncipe Claus, quien trabajó toda su vida en causas benéficas y murió en 2002 a causa de una depresión aguda. Al nuevo rey, como a su abuelo Bernardo, le gustan los aviones (tiene certificado de piloto), los uniformes y cierto estilo de vida. Hace poco se vio involucrado en un escándalo por la compra de una casa de veraneo en Mozambique, uno de los países más pobres del mundo, y la opinión pública holandesa le obligó a dar marcha atrás.

Pero el nuevo rey tiene un gran "activo": su esposa, la reina consorte Máxima. Ella es, de lejos, la persona más popular de la monarquía. Y eso que la argentina no empezó con buen pie su vinculación a la casa Oranje-Nassau por causa de su padre Jorge Zorreguieta. Cuando se supo en Holanda que el futuro suegro había sido ministro durante el régimen dictatorial del general Rafael Videla las críticas abundaron. El tema fue solucionado de manera típicamente holandesa: el parlamento aceptó el matrimonio entre Guillermo Alejandro y Máxima, pero no permitió la presencia del suegro en la boda; tampoco fue invitado a las fiestas de coronación del pasado 30 de abril.

El rey Guillermo Alejandro sabe que el papel de la monarquía ha cambiado, que su poder es prácticamente virtual y que le toca ser Jefe de Estado de protocolo y símbolo de unidad nacional, no más. También sabe que sus súbditos lo están fiscalizando con lupa, y que un paso en falso podría significar el fin de la monarquía. Para probar eso solamente tiene que girar la mirada al sur, hacia su colega el rey Juan Carlos de España. Tal vez a causa de su avanzada edad este soberano no se ha dado cuenta de que los tiempos han cambiado y ya no puede matar elefantes en África como cualquier rico desocupado mientras las grandes mayorías de su país abrazan las causas ecológicas y atraviesan por una situación económica nada fácil.

Por fortuna a Guillermo Alejandro no le gusta la cacería. ©



Fundación Universitaria  
**Bellas Artes**  
Resolución 6534 del 24 de octubre de 2006

## INSCRIPCIONES ABIERTAS JORNADAS DIURNA Y NOCTURNA

### PROGRAMAS PROFESIONALES

**Artes Plásticas**  
Registro Calificado  
Código 52915

**Diseño Visual**  
Registro Calificado  
Código 52914

**Música**  
Registro Calificado  
Código 52765

**Programas y Cursos de Extensión**  
Infantiles, Juveniles y para Adultos

INFORMES: (57)(4) 444 77 87 - Opción 1 - Ext: 3133 - 3137  
[www.bellasartesmed.edu.co](http://www.bellasartesmed.edu.co)

Elegida en 2012 como  
la mejor nueva tienda de café  
en el mundo por **sprudge.com**

**PERGAMINO**  
TIENDA DE CAFÉ

Síguenos



/pergaminocafe

[www.pergamino.co](http://www.pergamino.co)

Teléfono 268-6444 - Vía Primavera, Carrera 37 No. 8a - 37

A partir del número 42 de UC iniciamos los Obituarios, una sección nacida de la imaginación de Menina, cuyos obituarios anticipados son una singular interpretación de la vieja invocación: en vida, hermano, en vida.

# R.I.P. Antonio Caballero

por MENINA

Ilustración: Mauricio Ospina

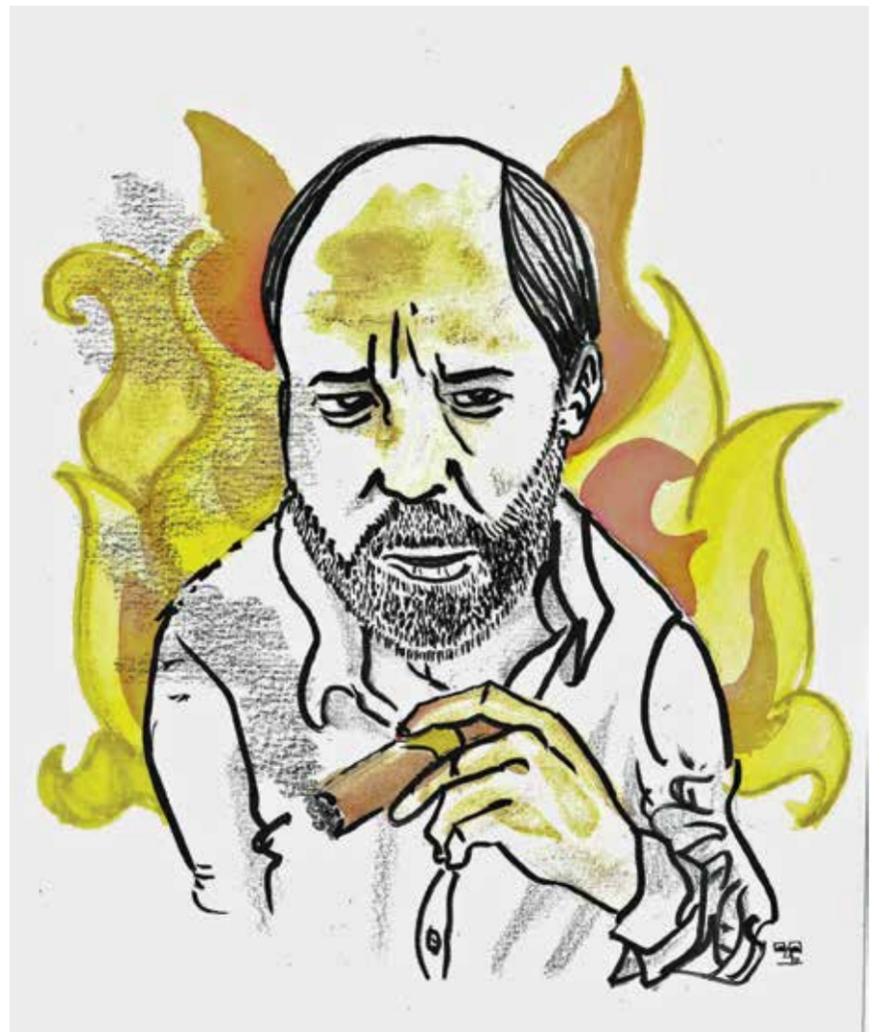
**P**or una extraña razón, de esas que ni el empirismo ni la dialéctica ni la política justifican, falleció Antonio Caballero. A todo señor todo honor, y este sí que lo acredita. Siempre fue correcto y lúcido como él solo pudo ser, no hizo concesiones de ninguna índole, y lo acompañaron siempre la verdad y la belleza que a la verdad acompaña.

Voy a hacer como si no hubiera muerto aún, este grande entre los grandes. Voy a hacer como si aún estuviera mirando su última caricatura, nunca una para este periodiquito en el que nos jugamos los huesos. Voy a mirar hacia otro bar, pues cualquier cosa es mejor de lo que pudiera haber pasado.

Es terrible hacer un obituario como este. Es indispensable un sano sentido del negro humor para despedir a semejante maestro de la libertad, así en su novela no haya dado pie con bola: le faltó rejo y fútbol al viejo, pero quién soy yo para juzgarlo. Satán, que desde siempre lo estuvo esperando, le ofreció un tabaco al lado de un buen fuego. Caballero lo está considerando, mientras aprecia las razones y sin razones de su nuevo domicilio, y le escribe con pelos y señales una historia al señor del lugar, que quizá ni él mismo haya contemplado.

Allá lo tengan, siga escribiendo allá sus columnas, porque siempre acá, en este lado oscuro tendrá su razón y sus lectores.

Dos llamaradas de corazón, amado Antonio. UC



33

CONCIERTO DE LANZAMIENTO  
SABADO 15 DE JUNIO 8 P.M.  
TEATRO PABLO TOBON URIBE

MÚSICA  
*Corriente*

Boletería incluye CD  
\$25.000 Balcón  
\$35.000 Platea

PARLANTES - MR.BLEAT - GORDOS PROJECT - PANORAMA

33

**lenteja**  
*express*

Comida Rápida Vegetariana

- Hamburguesas
- Nachos
- Lasagnas
- Quesadillas
- Ceviche
- Jugos naturales

Creación calle 57 # 42 59 Cel: 339 832 30 88  
Poblado cta 35 Ra 76 Provenza Cel: 301 829 01 36

lentejaexpressmedellincolombia@gmail.com  
Encuentranos en facebook: hamburguesa de lenteja vegetariana

Danzahara presenta

**Alquimia**  
las más contrarias y diversas formas de danzar

Danzas de CHINA, INDIA, EGIPTO, BRASIL  
y sus diferentes fusiones en un mismo escenario

Sábado 22 Junio · Teatro Pablo Tobón Uribe · 7:00 Pm

Balcón \$25.000 - Platea \$90.000 - Mayores informes 312 741 40 06  
Escuela Danzahara 500 05 71 (de 2:00 pm a 6:00 pm) Teatro Pablo Tobón Uribe 259 75 00  
www.danzahara.com



www.arteprensa.info

**Hombre Nuevo Editores**

*Hombre Nuevo Editores*

Tel. 2 84 42 02  
Carrera 50D No 61-63 • Medellín  
hombrenuevo@une.net.co

Restaurante Flexitariano

**Pacha Mama**

Comida Orgánica Gourmet

Un lugar súper agradable!!

Laureles Carrera 76 #33A-11  
Horarios 11:30 - 3:30  
Domicilios 411 9059

www.pachamamagourmet.com  
Facebook: Pacha Mama Gourmet SAS

Encuentra nuestros productos en  
• Exito • Supermercado Boom • Carnes Palermo  
• La Cava del Brangus • La Careta • Casablanca

Una deliciosa muestra de comida gourmet y artesanal preparada con ingredientes naturales.

+info  
f/ElJardinVegetariano

**366 2289**  
Nueva Villa de Aburrá  
CII 32B 81-41

**Vegarden**  
El Jardin Vegetariano

**MONTONA  
UPEGUI**  
**x10**



[www.cinefagos.net](http://www.cinefagos.net)

cine colombiano · crítica de cine  
artículos y ensayos · cómics · artes electrónicas

La barrica de roble es la más delicada de las prisiones.  
Durante el cautiverio, el ron adquiere su color, su sabor,  
su aroma y su textura.

Todo sucede en medio de la quietud y las sombras.  
Pero hay espacio para una fuga constante:  
día a día la barrica deja escapar un poco de  
su magia encantadora, algo del alma del cautivo.  
Es imposible verla con los ojos, pero está  
flotando en la bodega, es la "porción  
del Ángel" según la creencia de los  
maestros roneros.



Bodegas de añejamiento del Ron Medellín.  
Fábrica de Licores de Antioquia

EL EXCESO DE ALCOHOL ES PERJUDICIAL PARA LA SALUD LEY 30 DE 1986  
PROHÍBASE EL EXPENDIO DE BEBIDAS EMBRIAGANTES A MENORES DE EDAD LEY 124 DE 1994